

**Crónicas y Estampas
de la Semana Santa
Laspalmeña**

**Juan José
LAFORET**

PREMÓN, 1999.

Con el Patrocinio de la Presidencia del Cabildo de Gran Canaria.

Portada: Sobre paño bordado del siglo XVIII, angelote del Santo Sepulcro,
talla de Luján Pérez. Parroquia de San Francisco.
Las Palmas de Gran Canaria.

Fotografías: Archivo José Miguel Alzola, Museo Canario,
Cofradía Nuestro Padre Jesús de la Salud y autor.

© Juan José Laforet.

© PREMON.

Depósito Legal: G. C. 255 - 1999.

Fotocomposición e impresión: TEGRARTE, s.l. - Textos, Gráficos & Arte de Telde.

Tlfn.: 928 69 55 51 - Fax: 928 69 42 59 - La Herradura - Telde.
GRAN CANARIA.

A D. José Miguel Alzola y a su inquietud por divulgar la historia y tradiciones de la Semana Santa isoperfeneña.

Y a D. José Macías Santana que tanto apoyo da siempre a todo lo que sea resaltar las tradiciones de Gran Canaria.

PROPÓSITO

José Macías Santana
Presidente del Cabildo de Gran Canaria

En Abril de 1930, al salir de nuevo a la calle, tras más de una década de ausencia, la revistas CANARIAS TURISTA, la primera publicación de este género que se editó en la isla, desde 1910, para promover un sector que despertaba en aquel inicio del siglo XX, y que llegaría a ser fundamental no sólo en su progreso y en su economía, sino en su devenir socio-cultural, se planteó, una vez más, a través de un largo reportaje y otra serie de artículos, «El ambiente de nuestra Semana Santa», tanto por el interés que tenían estas celebraciones «pasionistas» para los visitantes, como ya se había constatado en otras ciudades y en las propias calle de Vegueta y Triana, como por su contribución a la consolidación de una imagen muy propia de Gran Canaria, algo de ineludible interés para su promoción turística, teniendo en cuenta que se trataba de unas Fiestas que, sin olvidar todo lo que se había escrito sobre la «necesidad de dotar a las fiestas de Semana Santa de mayor solemnidad y atuendo, mejor dirección y más disciplina», también había que tener en cuenta que «aquí tienen carácter propio, mayor sencillez y espontaneidad».

Como la Inmensa mayoría de los grancanarios guardo un recuerdo vivo entrañable de los días en que llegaba la Semana Santa, y con ella las vacaciones escolares. Todos aprovechábamos para permanecer en la calle disfrutando de la algarabía que provocaba el paso de cualquier cortejo procesional, cuando no muchos se sumaban al mismo revestidos de monaguillos.

Años tras año, contemplamos como la Semana Santa, con su sencillez, su recogimiento, su sabor isleño y esa amplia colección de esculturas de Luján Pérez y de otros autores, que hacían esos días de las calles, tanto de Vegueta, como de muchas otras ciudades y pueblos de la isla, un auténtico museo al aire libre, se nos aparecía, sin duda alguna, como la Semana Mayor que siempre mencionaron nuestros antepasados.

Hoy las costumbres, la vida cotidiana, ha cambiado mucho, en especial en las dos últimas décadas de este siglo, y en ello no ha sido ajena la influencia del desarrollo turístico inmenso que ha vivido Gran Canaria, con el que se culminan satisfactoriamente aquellas aspiraciones y esfuerzos que, hace ahora cien años, proponían convertir a la isla en uno de los emporios y destinos turísticos más destacados de Europa y del mundo entero.

Más, tras unos años de cierto retroceso en el esplendor que siempre tuvo aquí la Semana Santa, hoy podemos ver, con enorme satisfacción, como de nuevo vuelve a tener su peculiar ambiente de «Semana Mayor de la isla», como de nuevo es seguida por insulares y foráneos que, cada tarde siguen con gran interés las diferentes procesio-

nes y otras actividades programadas para esos días, e incluso en las semanas anteriores, cuando las diferentes cofradías organizan sus pregones y conciertos de marchas procesionales. Creo que, junto al carácter religioso primordial que estas fechas tienen para los creyentes, de nuevo, y como ya proponía en 1910 la revista *Canarias Turista*, la Semana Santa insular, tanto en Vegueta y Triana, como en otras localidades, entre las que mencionaría Telde, Gáldar, Guía, Teror o Agüimes, vuelve a constituir un atractivo de gran interés para quienes eligen esta isla para pasar esos días de descanso.

Como ocurre en Málaga con enorme éxito desde hace ya algunos años, creo que también Gran Canaria puede, cada Semana Santa, aunar la oferta de playa y descanso, en horas del mediodía, y de procesiones, actos culturales y paseo por los barrios y núcleos históricos de la isla, por la tarde - noche, lo que, estoy seguro, supondrá un programa muy atractivo para una buena parte de nuestros visitantes y de otros que, con este motivo, se decidirán a visitarnos por primera vez.

Una reflexión entorno a todo lo expuesto respaldó el propósito de editar el libro del profesor, periodista y escritor Juan José Laforet que ahora llega a sus manos, al ser una de las pocas obras que recoge una crónica y un retrato sugestivo y muy real, en un tono periodístico y literario de gran belleza y calidad, de ese «ambiente de nuestra Semana Santa», al que se refería la revista *Canarias Turista* en 1930, pero conjugando oportunamente los datos de la historia de esa Semana Mayor insular con su ambiente actual, con las nuevas costumbres y el impacto que tiene hoy entre los grancanarios y sus visitantes.

Para ello ha recogido, a través de las siguientes páginas, una serie de crónicas, publicadas muchas de ellas dentro de sus ya populares *Crónicas Isleñas*, en *Diario de Las Palmas*, que relatan diversos aspectos de la Semana Santa «laspalmeña», gentilicio que Juan José Laforet propone desde hace años y que ha obtenido el reconocimiento de personalidades como el ilustre académico Fernando Lázaro Carreter, y los pregones que pronunció por encargo de dos de las Cofradías de Las Palmas de Gran Canaria, que también contribuyen a dar tanto los datos, como el aroma, necesarios para aproximarnos al ambiente de la Semana Mayor, sin olvidar un tono de lirismo hondo de gran personalidad.

Sin duda, se trata de un autor que ha vivido y sentido muy de cerca unos hechos que nos transmite a través de unas páginas que, sin proponérselo, serán en adelante un texto clásico en la historia de la ciudad y de la isla, que encuentra en Juan José Laforet un nuevo cronista oficioso.

La Semana Santa, en el transcurso de los siglos, se ha convertido en patrimonio, no sólo de las Cofradías, Hermandades, Patronatos o de la Iglesia, sino del pueblo grancanario que entiende la celebración de esta Semana Mayor como un atributo esencial de su calendario anual, como uno más de sus monumentos y, al igual que éstos, ha pasado a formar parte de su historia, de su literatura, a la que se suma, con enorme valor, el libro de Juan José Laforet.

Periodismo Cofrade

Hoy el mundo de los medios de comunicación social, del periodismo, se ha impuesto en los más diversos sectores, en muchas y diversas actividades de la vida social, económica, política, cultural, científica, etcétera; digamos que en todo lo que supone vida, sociedad, pues estas no se darían sin la existencia de una comunicación fluida y estable. Ya en mayo de 1825 el "Prospecto" de "El Tinerfiano Instructivo", uno de los primeros balbuceos del periodismo isleño -del que la Hemeroteca Canaria de El Museo Canario custodia uno de los pocos y raros ejemplares que se conservan-, señalaba como eran "demasiadamente conocidas las ventajas que disfrutaban las poblaciones ilustradas con el establecimiento de algún papel público en que se den noticias de los asuntos más útiles e ideas instructivas....".

Desde hace ya mucho tiempo, poco a poco, y en las más variadas formas y posibilidades, la información periodística sobre las actividades de la Semana Santa, tanto de las ceremonias litúrgicas propiamente dichas, como de todos los demás actos que se dan entorno a esta semana de procesiones en las calles, que caracterizan a muchas ciudades españolas, ha tomado carta de naturaleza dentro del mundo del



«El Reloj de la torre norte catedralicia marca cada año las horas más señeras de la Semana Mayor».

periodismo, con páginas especiales, con cronistas dedicados en esta materia, con publicaciones específicas en temas cofrades, sin olvidar al mundo de la radio, que ofrece programas y tertulias sobre este casi nuevo género, que cada día acapara a mucho más público.

En Las Palmas de Gran Canaria, donde se la consideró desde tiempos inmemoriales como la "Semana Mayor de la Isla", la Semana Santa tuvo siempre una presencia puntual en la prensa de finales del siglo pasado y en casi toda de la del actual. Se dio el caso significativo de la revista "Canarias Turista", que consideró estas ceremonias en la calle de la semana pasionista como uno de los atractivos turísticos de la ciudad, y le dedicó, en su número del domingo 20 de marzo de 1910, varias páginas con diversos artículos, de José Romero y Quevedo, Prudencio Morales o Francisco González Díaz, y reportajes ilustrados con fotografías, que hoy constituyen un interesante documento gráfico de la Semana Santa laspalmeña de antaño. Al reeditarse esta publicación en 1930 incluyó un interesante trabajo titulado "El ambiente de nuestra Semana Santa"; eran los días en que una Junta cívico-religiosa, recién creada, intentaba recuperar estas celebraciones y potenciarlas en todo su esplendor, sin olvidar sus elementos más propios. En los últimos años todos los periódicos grancanarios han aumentado considerablemente, tras muchos en los que apenas si se encontraban unas pocas fotos y alguna que otra referencia, las páginas dedicadas a estos asuntos, con amplios reportajes,

artículos de opinión y entrevistas; las emisoras de radio no se han quedado atrás, e incluso las televisiones ya dan mucho más información, tanto de reportajes e informativos, como de espacios habituales que dedican parte de su tiempo a entrevistas y algún pequeño documental.

Para estudiar todas las singularidades que rodean este fenómeno periodístico, durante varios años consecutivos, la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Sevilla -donde, por cierto, he podido comprobar la existencia de muchos alumnos procedentes de Gran Canaria-, ha convocado un sugerente e interesante "Encuentro de Información Cofrade", dirigido por el profesor José Manuel Gómez Méndez, que ha logrado reunir un nutrido grupo de especialistas en la materia, bajo la presidencia de la Alcaldesa de la capital Hispalense, Soledad Becerril.

Me atrae esta aguda visión que es capaz de acercarse a los ámbitos más insospechados de la comunicación social, que encuentra hoy en la información y en las publicaciones de la Semana Santa un cauce de enorme importancia. En estas sesiones se estudian las páginas habituales y especiales que los periódicos y las revistas dedican a la Semana Santa, así como los programas cofrades vistos desde las hermandades -es conveniente acercarse al ciclo de la comunicación desde sus dos extremos, emisor y receptor-, la visión de sus propios directores y responsables o el papel que juega en todo ello los programas impresos y distribuidos por muchas y diversas

empresas e instituciones. Desde Gran Canaria, con el antecedente pasionista de la revista «Canarias Turista», y con el de los periódicos de ayer y de hoy que trataron siempre estos acontecimientos con el mismo cariño e importancia que tenían para los «laspalmeños», habrá que seguir con minuciosidad las propuestas de estos encuentros de periodismo cofrade y de Semana Santa.

25 de Febrero de 1999.

Carnaval y Cuaresma, ayer y hoy.

¿El carnaval toca a su fin? ¿Comienza la Cuaresma? ¿Que significan hoy el carnaval y la cuaresma en el calendario de la vida cotidiana? Estas y otras interrogantes similares se pueden plantear - y se dan de hecho - a la hora de evaluar el significado real que tienen en la actualidad estas celebraciones tan tradicionales, que algunos interpretan y describen según parámetros que, si se observan atentamente, pese al arraigo que aparentan, ya no responden a una situación, ni al modo de proceder actual.

Gusta, en estos días, recordar textos del madrileño Mesonero Romanos, que veía como «las locuras de Carnaval tocan a su fin; la hora suprema del martes ha sonado ya en todos los relojes de la capital; la población, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte, grave y sonora, que todo tiene término, que la mano severa de la razón acaba de arrancar la máscara a la locura», o del gran canario Domingo José Navarro y Pastrana, que, en su «Recuerdos de un Noventón», recoge como en Las Palmas de Gran Canaria «el pueblo todo, desde las clases menesterosas hasta las más ricas, tomaba parte en estas expansiones, sin que el orden se alte-

rase, ni dominara la embriaguez. A las doce de la noche del martes, toda la ciudad quedaba súbitamente en sepulcral silencio. La Inquisición vigilaba. El Miércoles de Ceniza debían empezar los ayunos y las mortificaciones».

La literatura costumbrista, y también otras que, sin quererlo, ni darse cuenta de ello, se vieron influidas por las escenas más tradicionales de la vida pública española a lo largo de los siglos, han contribuido a divulgar una imagen estereotipada, un ambiente que, por mucho que nos delcete recordarlo, ya no se corresponde a la realidad de los hechos actuales, donde carnaval y cuaresma, al contrario que en siglos anteriores, caminan desvinculados, sin tener en cuenta que su existencia residía y se explicaba en su antagonismo.

Sin embargo, cuando el carnaval se compagina no sólo con los días de la cuaresma sino que, en casos, continúa después de la Semana Santa, cuando aparecen colectivos que piden «¡carnavales siempre!», debemos empeñarnos en aseverar que el carnaval no es un hecho, ni un tiempo, aislados, pues, como recoge Orlando Hernández, en su tratado sobre la historia el carnaval isleño, esta es una fiesta «que no se concibe sin la austeridad de la Cuaresma que le sigue, lo mismo que a la inversa se celebran las fiestas de las vendimias y las cosechas».

14 Hoy parece que nada responde a nada; el carnaval es la fiesta de la sinrazón, pero, aún así y todo, debe responder a un determinado sentido en el camino de la vida, que justifique y contribuya a consolidar el entramado cultural y social en el que vivimos, en el que se identifica la comunidad.

12 de Febrero de 1997.

Rumores de la Semana Mayor

Quemada y bien enterrada la sardina carnavalera, sin que ahora «vigile la inquisición», como ocurría antiguamente, y nos lo recuerda Domingo José Navarro en sus crónicas sobre los primeros años del siglo pasado y anteriores, pues hoy se trata de unas celebraciones que ya conforman una buena parte de las tradiciones, de la idiosincracia, del arte y la historia isleña, un paseo por Vegueta me ha bastado para apreciar como sus calles, plazuelas, parroquias y ermitas ya huelen a primavera; a esa primavera con la que se presienten los días grandes de su semana mayor del año, la Semana Santa, que tantos y buenos textos incitó a autores como Domingo Doreste Fray Lesco o Ignacio Quintana Marrero.

En muchos detalles se percibe la inquietud lógica de quienes, en estos días de marzo, a la par de su vida y actividades cofradieras, de hermandad y parroquiales, tienen que ultimar muchos detalles para que, en poco más de un mes, Vegueta y Triana vuelvan a predicar la pasión y la resurrección del Salvador con el lucimiento de sus pasos y tronos.

Y es que la Semana Santa, sus tradiciones, su espíritu, su mensaje, no sólo se puede detectar en las



«Pequeños cofrades observan atentos el paso de penitentes y esperan para ofrecer agua a los costaleros, en la trasera de la Catedral.»

salidas procesionales y de penitencia, en los oficios religiosos previos o posteriores, en el recogimiento con que los cofrades viven esos días grandes del año para su fe, sino a lo largo de la cuaresma en la que, como la naturaleza en todo su esplendor, la actividad parroquial y cofradiera de la vieja ciudad florece entusiasmada y complacida.

Quién desee conocer de cerca nuestra Semana Santa no puede dejar de acercarse estas semanas por sus templos más señalados; desde la parroquia de San Francisco, a la de Santo Domingo, donde ya pronto será posible ver de nuevo a pasos y tronos desprendidos de las sábanas en las que reposan durante once meses, ó a las ermitas, como la del Espíritu Santo, con sus ceremonias previas a la salida penitencial en la madrugada del Viernes Santo. Y asistir a los pregones y actos de las distintas cofradías, Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza de Vegueta, La Soledad de la Portería, el Cristo del Buen Fin, o Los Dolores en San Bernardo.

16 En estos momentos ya queda menos para que, un año más, los acordes de la marcha procesional «Amargura», del maestro Font de Anta, interpretada por la Banda Municipal de Las Palmas de Gran Canaria, bajo la dirección de Felipe Amor, señale, desde los salones del Gabinete Literario, el comienzo de la Semana Santa; entre el público, con su silencio y sus aplausos, atento al pregonero, ó por balcones y zaguanes, en los pórticos de los templos y en las aceras que se pueblan, poco a poco, de quienes ya esperan el paso de la imaginería de Luján Pérez -el primer predicador de estos días, según afirmó Fray Lesco-, se ausculta el rumor inquieto de la que siempre fue «Semana Mayor» de Gran Canaria.

11 de Marzo de 1996.

Vegueta en Semana Santa

«¡Costaleros, al cielo con ella!». El grito escueto y sobrio, pero emocionado, del capataz de la «Esperanza de Vegueta», en la primera noche de la Semana Santa, a las puertas mismas de la Catedral de Canarias, donde la Cofradía se disponía a realizar su estación de penitencia, vibró en lo mas hondo de las miles de personas que, expectantes y en un silencio sólo roto por los reiterados aplausos, acompañaban a sus Santos Patronos Titulares en la canarisima noche del Domingo de Ramos.

Con la imagen viva aún de los palmitos bendecidos y agitados en la amplitud del trianero Parque de San Telmo, mientras el «Señor de la Burrita» accedía a su parroquia, por una multitud en la que destacaba una chiquillería ajena a todo lo que no fuera su propia alegría, disiente con el cortejo de cirios, varaes, penitentes, autoridades, pasos y tronos, que, junto con el escultor Luján Pérez -en expresión costumbrista de Vegueta, recogida en 1939 por «Fray Lesco»-, son todos los años los primeros predicadores de la Semana Santa.

El símbolo de la «columna sagrada», testigo pétreo del sufrimiento de un Cristo que, cada año,



«La Virgen de la Soledad saliendo de la Catedral en medio del gentío que la acompaña en su procesionar por las calles de Triana y Vegueta».

nos reitera su dolor por los pecados del mundo, preside los martes santos, con una especialísima significación en el entorno de la Plaza de Santo Domingo, donde el «Cristo Atado a la Columna» recibe solemne adoración por parte de los ciudadanos y sus más altas autoridades.

El sobrio y sereno discurrir de la cofradía que, desde la Parroquia de San Bernardo, con estación penitencial en la capilla franciscana de la calle Perdomo, recorre, en la noche del Miércoles Santo, las calles de Triana, nos transporta casi directamente a la madrugada del Jueves al Viernes en Vegueta, cuando cofrades silentes, con túnicas púrpuras y sobrias, acompañan al «Cristo del Buen Fin», moreno de belleza serena, con los misterios del «santo rosario» en sus labios.

Bajo un toldo de palmeras y a la sombra de las cúpulas catedralicias, entre un rebozo de mantillas blancas, hace su recorrido anual el veguetero «Cristo de la Sala Capitular» y su Santísima Madre la «Virgen de los Dolores», lujanerísima iconografía de la aflicción más absoluta.

Con el magno encuentro de pasos en la tarde del Viernes Santo, que ofrecen todo un singular relato de la pasión y muerte del Salvador, Vegueta y Triana alcanzan su mayor esplendor en medio de una multitud que sigue con fidelidad esta expresión tan suya de la Semana Santa insular.

El «Santo Entierro» y la Cofradía de la Virgen de la Soledad de la Portería, con su imperturbable y riguroso luto, cierran la canariense conmemoración pasionista, pórtico del eterno y sublime mensaje de la salvación, la imagen del Cristo resucitado y triunfante con la que amanece la Pascua cristiana.

«Amargura» y el pregón de la Esperanza

Sin mediar palabra alguna, en el instante súbito en el que, cada año, todo se espera y comienza sin dilación posible, la Banda Municipal comienza a interpretar «Amargura», la más universal marcha procesional del recordado Font de Anta.

Entre el público asistente al pregón de Semana Santa de la «Esperanza de Vegueta» - la Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza - un íntimo escalofrío recorre el Salón Dorado del Gabinete Literario. Como dirían los laspalmeños de otros tiempos, la Semana Mayor del año ha comenzado.

La música se desgrana, paso a paso, con esa misma solemnidad con la que se describen y se viven todas nuestras cosas. Sus delicados y cadenciosos acordes nos rememoran el discurrir procesional de la Cofradía por calles, callejones y vericuetos de Vegueta, por los que parece imposible que pase la mole enorme y bellísima de los pasos que portan las imágenes de sus amadísimos patronos titulares. ¡Tu arriba, Madre mía, y debajo, al cobijo de los faldones que engalanan tu sagrado discurrir por el viejo barrio, tus costaleros, que al grito del capataz se sienten más



«Cofrades de la Esperanza portando el Libro de Reglas a la salida de la Estación de Penitencia en la Catedral».

cerca de ti, de tu esperanza en la salvación eterna, en la que no pueden dejar de creer ni un solo instante!

Luego otra y otra marcha, «Estrella Sublime», «Esperanza» ó «Triunfal», engarzan al completo este pórtico de la Semana Santa en el que se da paso a la palabra, a la voz lírica y profunda del pregonero que, en lo más hondo de su corazón, trueca la exaltación de imágenes, cofradías y semana de pasión, en una hermosa y apasionada plegaria. No es de extrañar que el compositor Igor Estravinsky, en una visita que realizara a la Semana Santa sevillana, llegara a exclamar: «¡estoy escuchando lo que estoy viendo!».

El pregón viene a confirmar toda una actividad febril que, desde varias semanas previas al Domingo de Ramos, se desarrolla en el seno de las cofradías y patronazgos, para que sus respectivos actos litúrgicos y salidas procesionales sean posibles.

Es la hora de advertir la proximidad de la «Semana Mayor»; la palabra del orador se funde con las notas sublimes de «Amargura», en lo que constituye un singular y acertado «pregón de la esperanza».

Abril de 1994.



«Paso de nuestro Padre Jesús de la Salud, a la salida de la Parroquia de Santo de Domingo, destacándose el rico trabajo artístico de los faldones».

Pregón de la Semana Mayor.

El ánimo inquieto, con cierto desasosiego en la espera, prendido en los murmullos, en el comentario fugaz, recorrerá los pasillos y el Salón Dorado del Gabinete Literario, donde cada año la «Real Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza de Vegueta» pregona sus vivencias pasionistas en el comienzo de la Semana Santa laspalmeña, «Semana Mayor de Gran Canaria», como gustaba decir al siempre recordado periodista isleño Domingo Doreste Fray Lesco.

En un instante se hace el silencio, la batuta del maestro Felipe Amor Tovar corta el aire y las notas de «Amargura» -la marcha procesional más clásica, compuesta por Manuel Font de Anta en 1919; por cierto, este célebre músico visitó y disfrutó de los salones del Gabinete Literario-, comienzan a brotar, serenas, armónicas, con la limpieza acostumbrada, de los instrumentos de la Banda Municipal de Las Palmas de Gran Canaria. A partir de ese momento, en un segundo preciso, todos tenemos la honda sensación de estar ya plenamente inmersos en esa Semana Mayor y en el alma de sus tradiciones.



«El Cristo de la Sala Capitular recorre la Plaza de Santa Ana la mañana del Viernes Santo, mientras la Banda Municipal interpreta la marcha fúnebre».

Tras la música, elemento cuya presencia en las salidas procesionales fue discutido por teólogos y cofradías durante siglos, y que hoy resulta indispensable, al menos en la mayoría de pasos y tronos, sin olvidar bellísimas excepciones como la del "silente Cristo del Buen Fin", surge la palabra, el verbo y el verso encendido, certero, pleno de amor y vivencias cofrades del pregonero.

El «Pregón», que en la XVI edición de la "Esperanza de Vegueta" estuvo cargo del poeta y escritor onubense Antonio Cano Pérez, al que, como en otros acontecimientos y eventos a lo largo de todo el año, en Gran Canaria se acostumbra con enorme arraigo desde principios de esta centuria, cuando lo impuso el arte y el buen hacer de figuras como Francisco González Díaz, Benítez Inglott, los hermanos Millares, el propio Fray Lesco, entre otros, o aquel que el periodista Ignacio Quintana Marrero pronunció la Semana Santa de 1948, a través de los micrófonos de Radio Las Palmas -recogido al año siguiente en un libro con ilustraciones de Hernández Gil, que hoy resultan una interesantísima documentación gráfica de la Semana Santa de otros tiempos y nos descubre las raíces de la actual-, constituye un discurso en tono laudatorio, con un acentuado tono lírico, que exalta la historia, la labor y la presencia de las hermandades y cofradías, en especial en esta nueva etapa que vive la Semana Santa de Vegueta y Triana, a la que han las imágenes, los tronos y cada una de las salidas procesionales han aportado gran parte de su esplendor recuperado. Este es un acto religioso, pero también cívico e institucional, y al mismo asisten au-

toridades, representantes de entidades socio-culturales y el público en general, que interrumpe al pregonero, con sus aplausos entusiastas, en más de una ocasión.

El «Pregón», la Semana Santa en su conjunto, trasciende un ámbito meramente religioso; se pronuncia en unos días en que las calles de Triana aparecen ya plagadas de carteles anunciadores de las diversas salidas procesionales, cuando los escaparates, como ocurre desde hace unos años para acá, se ven decorados con motivos de la Semana Mayor isleña. La cobertura que medios informativos de todo tipo, que tertulias y encuentros, le dispensan, vienen a confirmar que hoy, tras unos años, ya lejanos, de decaimiento, la Semana Santa no sólo recupera el favor popular, sino que aparece como un asunto de enorme interés público, que la define como una de las tradiciones grancanarias a mantener y a potenciar. En estos días comprobaremos como Luján Pérez con sus imágenes procesionales, según destacó Domingo Doreste Fray Lesco, es también uno de los mejores pregoneros con que cuenta esta Semana Santa; una "semana mayor" en la que, al decir de unos versos de Pérez de la Calzada, del siglo XIII, «huele a paraíso la ciudad festiva».

de Marzo de 1997.



*«Salida procesional de la Parroquia de San Francisco;
Trono del Señor de la oración en el huerto».*



*«Estampa de Semana Santa previa a una salida procesional de
la Parroquia Santo Domingo a comienzo del siglo».*

Pregón del «Domingo de Las Palmas».

Magnífica primera levantá de la Semana Mayor de Gran Canaria la que dio, el pasado viernes en el Salón Dorado del Gabinete Literario, como ya es tradicional, el padre y misionero claretiano Federico Gutiérrez Serrano que, al pregonar la estación de penitencia a la Catedral de Canarias de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza de Vegueta, nos hizo ver como la profunda vinculación de esta ciudad con la Semana Santa se refleja permanentemente en su nombre <<Las Palmas>>, pues fue agitando palmas como recibieron a Jesús de Nazaret a su llegada a Jerusalén, y siempre se llamó <<domingo de las palmas>>.

Aun resonaban las notas de <<La espada del dolor>>, la penetrante y bella marcha procesional que el maestro Santiago Tejera compusiera para los pasos laspalmeños, interpretada por la Banda Municipal bajo la dirección de Felipe Amor, cuya entusiasta colaboración en los catorce últimos años hay que agradecer y reconocer, cuando la voz del pregonero, sobria, serena, pero encendida de amor a María de los Dolores, de la Soledad de la Portería, de la Esperanza de Vegueta, previno como sin amor no hay nada; quién no ama algo, no puede pregonarlo, por lo que para



«Policía Local con uniforme de gran gala abre el desfile procesional en una Semana en la década de los años sesenta».

pregonar la Semana Santa hay que llevarla en el corazón, como los cofrades, cada día del año, todos los días de la vida.

Federico Gutiérrez Serrano, en los entrevarales de sus versos, de sus saetas, de sus palabras inconfundiblemente cofradieras, que fueron un auténtico llamador a la Semana de Pasión sobre el corazón de su auditorio, vinculó con enorme magisterio la realidad viva y pujante de la cofradía en la actualidad con la historia de la religión en Gran Canaria, evocando al <<Padrito>> Claret, al Obispo Codina, la constitución canónica de numerosas cofradía y hermandades a lo largo del siglo pasado, e incluso rescatando el dato de como Benito Pérez Galdós fue bautizado, en la Parroquia de san Francisco, con el segundo nombre de María de los Dolores.

Con el pregón de la Esperanza y las notas procesionales de <<Amargura>> la Semana Santa ha comenzado un año más en Vegueta y Triana.

7 de Abril de 1995.

Imagen procesional de la «Esperanza de Vegueta»

Cada «Domingo de Ramos» al atardecer, con el bullicio de los palmitos y las voces infantiles resonando aún en los oídos, los laureles de la Plaza de Santo Domingo, en su elegante y sereno esplendor de siglos, se transforman en un inmenso palio natural para acoger la salida procesional de Nuestro Padre Jesús de la Salud y de María Santísima de la Esperanza de Vegueta, a los que la tarde «laspalmeña», desde los riscos de San Juan y San José, ilumina sus rostros con los rayos de sol que despiden el primer día de la Semana Mayor, de la Semana Santa de Gran Canaria.

Paso a paso, muy despacito, que Vegueta esa noche es inmensa, la Madre de Dios y su Hijo caminan hacia la Catedral, afianzados y seguros en el amor profundo y fuerte de los costaleros, siempre dispuestos a ir «al cielo con Ella», al escuchar la voz del capataz y el sonido penetrante del llamador que eriza la piel, y también los sentimientos.

La Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza de Vegueta, que, hace ya algunos años, vino a demostrar, como señala José Miguel Alzola en su magnífico libro sobre la historia, las tra-



diciones y las ceremonias de Semana Santa, «que por el árbol añoso de la Semana Santa de Las Palmas corre aún abundante savia», realiza su estación penitencial a la Catedral de Canarias desde 1982. Primero sólo con el paso de la Virgen de la Esperanza, y, a partir de 1985, con el de su titular, Nuestro Padre Jesús de la Salud, talla realizada para la Hermandad por el escultor José Paz Vélez, que me parece un extraordinario trabajo que enriquece muchísimo el conjunto de la imaginería religiosa isleña.

La noche avanza, serena, limpia en la brisa costera, atrás queda, un año más la catedral; Madre e Hijo, entre sus nazarenos y cofrades, al son de saetas y cadentes folías, regresan a su templo por las calles de Vegueta. Son miles los grancanarios que, cada año, al anochecer del domingo de Ramos, les acompañan en su penitente caminar vegueteño. Todo a una, costaleros de esta madrugada en procesión y de sus creencias, dirán con el capataz: hermanos, ¡al Cielo con Ella!

22 de Marzo de 1997.



«Costaleros de Nuestro Padre Jesús de la Salud».

«Esperanza de Vegueta».

Un requiebro detiene la tarde,
enmudece gargantas
que al unísono
 quieren gritar
¡Guapa!, ¡Esperanza!
 ¡Esperanza de Vegueta!

Calla, calla,
enmudece como el nazareno
que ya viene la Virgen,
 que María de la Esperanza
paso a paso, muy despacito,
bajo los laureles de Santo Domingo,
quiere escuchar
 a Jesús de la Salud
rezar desde su profundo silencio.

Tarde de procesión;
redobla el tambor, quejidos del clarinete,
calle a calle,
esquina tras esquina,
 dulcemente mecida
en la alegre contrición de sus costaleros,



camina María de la Esperanza
¡Esperanza de Vegueta!

Ya tañe inquieta la campana
¡campana de Vegueta!
al mar y a los riscos,
al corazón de tus hijos

señala la aflicción de un encuentro
en el pórtico de Santa Ana.

Salvia de la Gran Canaria,
desde tu austero esplendor,
en el requiebro cálido que besa
tus pétalos de papel,
enciendes el rostro,
que es rostro de esperanza,
de esta Madre
que entre aplausos, saetas y folias
a un golpe del capataz
al cielo se alza.

Salvia de Esperanza,
entre cirios y varaes,
entre penas y alegrías,
bajo un palio de palmeras,
ya viene en procesión
María de la Esperanza,
¡Esperanza de Vegueta!.

22 de Marzo de 1996.



«Nuestro Padre Jesús de la Salud».

Domingo de palmitos y bullicio.

El «Domingo de Ramos», junto con el Jueves, el Viernes y Domingo de Resurrección, ha sido siempre una de las fechas centrales del calendario litúrgico de la Semana Mayor del año. Pero también ha sido, y es, con su mañana limpia, plena de luz, de palmitos agitados por las calles de Vegueta y Triana, de niños que corren para ver pasar al «Señor de la Burrita», uno de esos momentos de la infancia que todos mantene-mos imborrable.

El «Domingo de Ramos» que yo recuerdo de mi infancia contaba con dos procesiones, una en la mañana, la del «Señor de la Burrita», y otra en la tarde noche, la del «Señor Predicador». La primera discurría desde la Catedral, acompañada por el Cabildo Catedral, el clero y seminaristas en su primer tramo entorno a la Plaza de Santa Ana, hasta la Parroquia de San Bernardo, en la antigua y marinera ermita de San Telmo; aunque, pronto, cambió su itinerario, desconozco por que razones, pero me figuro que por mil y un motivos de la vida urbana actual, que se imponían con fuerza y desatino en aquellos años, y quedó reducido el recorrido a unas pocas calles del barrio de Triana. La otra, la «del Predicador», salía por la noche de la Iglesia de Santo Domingo y



«Nuestro Padre Jesús de la Salud en su estación penitencial en la Catedral».

gozaba de un buen trayecto por las calles de Vegueta, que contemplaban el paso de la primera muestra de honda piedad religiosa de cada año. Esta imagen del «Predicador», que recuerda la enorme implantación que tuvo la orden de los dominicos, la «orden de predicadores», como señala José Miguel Alzola acertadamente, sirvió de pórtico a la Semana Santa desde 1669, pues en gran medida la imaginería es el primer predicador de estos días, hasta que en 1978 pasó a engrosar la magna procesión del Viernes Santo por la tarde. El vacío lo llenaría sobradamente, a partir de 1982, la salida procesional de la «Esperanza de Vegueta» que, esa noche, como ocurre desde hace quince años, acapara la atención de miles de isleños y de turistas.

Este imprescindible respaldo, cariño y seguimiento que la sociedad debe otorgarle a todas estas y a cualquier tradición, costumbre o ceremonia, si se quiere que se renueve y perdure, ha florecido, poco a poco, tras un tiempo de cierto desconcierto, de olvidos, y, en los últimos años, la Semana Mayor del año ha recuperado, en gran parte, el esplendor que siempre tuvo en Vegueta y Triana.

Gracias a la labor decidida de algunos colectivos sociales, de empresas, que apoyan a sus párrocos, a las cofradías y hermandades, hoy los cortejos procesionales, renovados, han retomado el atractivo de antaño.

Algo de ello ha comenzado a ocurrir, desde ayer -mejor dicho, desde el viernes pasado, cuando los preparativos para recibir el cortejo procesional ya eran visibles por las calles de Triana, que lucían enramadas las fachadas con hojas de palmeras y los balcones con hermosos damascos a modo de grandes cortinajes-, con la procesión del «Señor de la Burrita», a la que la Asociación de Empresarios de Triana ha ofrecido todo su apoyo, en un loable y gran paso.

Ayer domingo, en el leve trotar de los palmitos, de las risas y el bullicio infantil, en el candor de cuantos le miraban entusiasmados, el «Señor de la Borriquita» se abrió paso entre la multitud que rodeaba su pequeño trono; ¡Domingo de Ramos! cuantas mañanas de infancia me traes a la memoria.

25 de Marzo de 1997.



«Detalle del rostro de Nuestro Padre Jesús de la Salud».



*«Típica estampa de la Semana Santa laspalmeña
delante de la Catedral una mañana de Viernes Santo a principio de siglo».*

Semana Santa en Vegueta.

I

Cada año, con la primavera, llega a la vida cotidiana insular un acontecimiento que, desde hace siglos, la marca de modo muy sensible: la Semana Santa, la «Semana Mayor», del año, como a nuestros antepasado les gustaba llamarla. En Gran Canaria toda época del año tiene sus celebraciones específicas, que se han amoldado, con el correr de los tiempos, a las nuevas circunstancias sociales y laborales, aunque sin perder sus carácter peculiar.

Las celebraciones de la Semana Santa, ritual litúrgico arraigado con fuerza entre los isleños, se manifiestan en Las Palmas de Gran Canaria desde fechas muy tempranas de su historia; hay que tener en cuenta los gustos y costumbres de una población que, en gran parte, provenía de regiones peninsulares, como Castilla o Andalucía, donde estas tradiciones eran ya muy antiguas. Sin embargo, esta expresión pública de religiosidad no cobró identidad propia y no cuajó de modo definitivo, sobre todo en cuanto a pasos procesionales, hasta finales del siglo XVIII



«El alcalde y concejales entre maceros y guardia de gran gala acompañan al Cristo de la Vera Cruz en su salida procesional, en la década de los sesenta».

y principios del siguiente, cuando toma un nuevo y destacado impulso, que la incorpora, pasado los años, a la saga de las más añoradas tradiciones insulares. El propio Domingo José Navarro y Pastrana, en sus «Memorias de un Noventón», deja constancia de como «la Semana Santa era esperada con avidez por nuestros antepasados. En ésta se lucían las mejores galas, visitándose las casas desde las cuales era posible contemplar los pasos procesionales. Allí eran agasajados con dulces y refrescos. Las procesiones en su itinerario pasaban ante los distintos conventos de monjas, ansiosas de contemplar los tronos y sus novedades».

En el transcurso de los siglos esta liturgia, esta fiesta que camina entre lo sacro, lo artístico y lo costumbrista, ha llegado a constituir un patrimonio no sólo de la Iglesia, las cofradías y los patronazgos, sino de todo el pueblo grancanario que hoy, con un interés enorme y renovado, la entiende como un atributo esencial de los barrios históricos de Vegueta y Triana, como uno más de sus monumentos históricos, que, al igual que estos, ha pasado a formar parte de una especialísima y popular literatura, de cientos de poemas, pregones, artículos periodísticos, comentarios y tertulias que, cada cuaresma, afloran de la pluma de escritores, poetas, periodistas y de la inquietud de muchísimos ciudadanos, que quieren recuperar y mantener una parte muy vigente de la religiosidad, la historia y la tradición isleña.

II

Acercarnos al origen de las celebraciones más populares de la Semana Mayor en Las Palmas de Gran Canaria, las comúnmente denominadas «procesiones», es hacerlo también a una figura que resulta imprescindible en este orbe, la del imaginero José Luján Pérez, ó «Señor Pérez», como le conocían sus coetáneos, de quien Domingo Doreste Fray Lesco sentenció que «es todo los años el primer predicador de la Semana Santa».

Nacido en el barrio de Las Tres Palmas de Guía, y de formación casi autodidacta -aunque sobre esto ya se ha escrito y polemizado mucho-, realizó la mayoría de las imágenes que en la actualidad salen en las procesiones de Vegueta y Triana -hoy casi todas unidas en la denominada «procesión magna» de la tarde del Viernes Santo, impuesta por los condicionantes sociológicas que en las dos décadas pasadas exigieron esta práctica para salvar su existencia, pero que en nada resulta acorde con las tradiciones y costumbres tanto religiosas como grancanarias, y que, desde hace un par de años, parece que remite y se tiende a volver a la normalidad, con manifestaciones procesionales y de otro orden diarias-, y de numerosos pueblos de la isla. Sin embargo, no toda su obra fue de motivo religioso; entre las profanas se pueden recordar las «cuatro estaciones» que talló para el jardín del pabellón de juego de



«Trono del Señor de la Oración en el Huerto de la Parroquia de San Francisco».

la finca que, en Arucas, poseía la familia Fernández del Campo. Estas aún se conservan, pero no así otro juego, de menor tamaño, realizado para decorar el paseo que daba acceso al edificio de la familia Clavijo en Guía.

Nuestro recorrido por los orígenes de la mayoría de los pasos procesionales de la Semana Santa de Las Palmas de Gran Canaria debe iniciarse al anochecer del Domingo de Ramos de 1802, cuando la imagen de «El Señor Predicador» recorrió las calles por primera vez, desde la Parroquia de Santo Domingo, donde hoy aún se conserva y se la prepara para salir a la calle la tarde del Viernes Santo. Encargada a Luján Pérez por la Hermandad del Santo Rosario, esta talla, de pasmosa expresión, era conocida popularmente con el nombre «El Señor convirtiendo a la Magdalena».

Sin embargo, no debemos soslayar esa imagen del «Señor de la Burrita», entre vítores y palmas agitadas por una multitud en la brisa trianera del Parque de San Telmo, entrando en el minúsculo templo parroquial de San Bernardo, que contrasta con la llamada de las trompetas dolorosas que, al caer el día, señalan, desde hace ya más de una década, la presencia en la calle de cirios, costaleros y penitentes, de los pasos de la «Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza de Vegueta», que saca su Cruz de Guía desde la Parroquia de Santo Domingo, para hacer su anual «Estación de Penitencia» a la Catedral de Canarias.

III

«Nuestro Señor de la Agonía» ó «del Huerto», con su atribulada cabeza, realizado por acuerdo de la Orden Tercera de San Francisco, se exhibió y se dio a conocer en las calles de Triana la madrugada del Lunes Santo de 1801, convirtiéndose muy pronto en una de las más características salidas procesionales «laspalmeñas».

En la tarde de ese mismo día, pero ya en 1804, tiene su origen otras de las procesiones que salían de la Iglesia de San Francisco -hoy también traspasada a la «magna» del Viernes Santo-. Para ella Luján Pérez había terminado las imágenes de «San Juan Evangelista» y de «San Pedro», al mismo tiempo que reformaba la que ya existía del «Señor de la Humildad y Paciencia», a la que respetó su rostro original. El trabajo con el que imita su estilo primitivo es tan perfecto que apenas se percibe.

La imagen de «San Juan Evangelista» rivaliza con la que salía a la calle el Miércoles Santo y la cabeza de «San Pedro», representada con aquella misma propiedad con la que lo hicieron los mejores artistas de todos los tiempos, sin exceptuar a los policromadores, es de una extraordinaria fuerza de expresión, a la que sólo faltan los efectos de la luz para que se estimara tomada de los lienzos de Zurbarán o de Ribera.



«El Cristo de la Vera Cruz en su procesionar por la calle Dr. Chil».

Estas imágenes las requirió la gran dama que fue doña María de Palencia, esposa del Coronel don Andrés Russell, cuya familia de origen irlandés se refugió en estas islas de la persecución de Cronwell contra los católicos. La señora pagó de su bolsillo la diadema de oro macizo, de dieciséis onzas, que lleva el «Señor de la Humildad y Paciencia», así como el espléndido paso con delanteras, traseras y costeros de plata repujada, en dos cuerpos, y los varaes del palio que lo cubre, con terciopelo carmesí y galón de oro, como los faldones confeccionados en material análogo. También quiso esta señora que, con la tela de su traje de bodas, en brocado azul y plata, se hiciese el manto para San Pedro.

La procesión del Martes Santo estaba integrada básicamente por dos pasos del siglo XIX, de cuyas imágenes fueron autores el palmero Arsenio de las Casas y el artista castellano Pedro A. Calderón de la Barca, autor de la talla del «Señor Atado a la Columna», que data de 1778. Algunas de las noticias sobre las efigies que se veneran en la Parroquia de Santo Domingo se han encontrado en el «libro de Juntas» de la Hermandad del Rosario, establecida en el entonces monasterio dominico de San Pedro Mártir. En este sentido hay que señalar la reunión que tuvo lugar la noche del 13 de abril de 1798, en la que se dio a conocer la cantidad que, el difunto licenciado don Joseph Hidalgo, abogado de los Reales Consejos y consultor del Santo Oficio, había destinado a la procesión del Miércoles Santo, que ascendía a doce pesos, catorce cuartos y tres maravedíes corrientes.

IV

En la procesión conocida en la ciudad como la de «El Paso», que salía el Miércoles Santo, encontramos imágenes de Luján como una Dolorosa que, en opinión de Santiago Tejera y Quesada, expresa en la proporción y pureza de líneas, que no parecen modeladas por la mano de un hombre, un sufrimiento que ha secado su lágrima y hace que los párpados reposen la mirada débil e incierta, con sus labios entreabiertos por el peso de un dolor mudo, intenso, el más supremo de todos. Esta salida procesional la preside y nombra el «Cristo de la Cruz a Cuesta», que ofrece una representación exacta del hebreo. El genial escultor supo condensar en la sencillez de líneas el rostro del cansancio y el sufrimiento arrodillado, como apartando de sí el peso ayudado por el «Cirineo», de factura impecable.

A un tiempo fue tallado el «San Juan Evangelista», obra clásica, depurada, de líneas enérgicas, varoniles, que expresan el dolor del hombre sin afeminamientos; esta bella obra se completa con la actitud y elevación de la cabeza, como con la talla y posición de las manos. «La Verónica», aún siendo una buena imagen, no alcanza la importancia de las anteriores. Estas esculturas costeadas por el cuerpo de escribanos, junto con sus respectivas andas, de muy diversas épocas, pues han cambiado con el transcurso de los años, dieron origen a esta procesión en 1803; ahora, tras algunos años de procesionar el Viernes



«El Señor en el Sepulcro, uno de los pasos más tradicionales de la Semana Santa en Triana».

Santo, junto a otros pasos, desde el año pasado han recobrado su personalidad e incluso ejecutan el afamado «encuentro» en la Plaza de Santa Ana.

También, y desde hace ya unos años, una nueva Hermandad, con sede en la Parroquia de San Bernardo de Triana, sale a la calle para su «Estación de Penitencia» en la noche del Miércoles Santo. Una atractiva imagen de la Virgen entre cirios, llevada por costaleros sobre unas andas sencillas, ofrece un singular, íntimo y hondo espectáculo que testimonia la fe y la espiritualidad de quienes la acompañan, entre rezos y alguna profunda folia de matiz religioso.

Vegueta, con sus penumbras, en la noche del Jueves al Viernes Santo, nos descubre las capas púrpuras de la Cofradía del «Cristo del Buen Fin», que en silencio y con los labios ofrendados a la oración acompañan a un Cristo moreno y enormemente sugestivo, desde la Ermita del Espíritu Santo, en las horas cúlmenes de la madrugada.



«La mantilla canaria esencia ineludible en la Semana Santa laspalmeña».

V

En la mañana del Viernes Santo nos encontramos con dos obras espléndidas de Luján Pérez, el *Cristo de la Sala Capitular* y *La Dolorosa* de la Catedral. El Cristo fue tallado en la misma basílica y, según Tejera, lo donó el doctor D. Miguel M. de Toledo a su capítulo, en el que ocupaba la dignidad de chantre. En ella el artista intenta realizar el eterno ideal en el arte, superar la ocasión con la serenidad, dominar en calma suprema el tumulto sensible y dionisiaco. Este Cristo, que se nos presenta en forma cerrada, con el fornido cuerpo abandonado definitivamente a una espléndida inercia, honra sobremanera a Luján.

La Dolorosa fue encargada por el deán Toledo, teniéndola en su residencia, aledaña a la fuente y ermita del Espíritu Santo, hasta su muerte, según relataba el señor lectoral de Canarias don José Feo y Ramos. Al morir la legó a la Catedral, con destino a la sacristía de canónigos. Andando el tiempo, por la gran devoción que se le tenía y para dar mayor resplandor a su culto, fue trasladada en 1908 a la capilla construida en el atrio de la puerta principal, junto a la Epístola. Destaca la imagen por la complicada riqueza de planos quebrados del rostro y manierismo de los pliegues inferiores de la túnica. Para esta obra sirvió de modelo a Luján el rostro cuajado por el dolor de la pequeña huérfana Josefa María Marrero.



«Encuentro del Cristo de la Sala Capitular y la Virgen de los Dolores al terminar la procesión de las mantillas en la mañana del Viernes Santo».

Contemplemos estas magníficas obras con serenidad, al anochecer del Viernes Santo, como gustaba hacerlo Luján, al momento de regresar la procesión a la luz de los cirios, de las hachas y teas que portaban las comunidades y cofradías, entre rezos de la muchedumbre y los acordes de la *Capilla de Música Catedralicia* y el sonar del «miserere». El *Santo Entierro* y la cofradía de la *Virgen de la Soledad de la Portería*, en la procesión imponente de *El Retiro*, con su imperturbable y riguroso luto, cierran la canariense conmemoración pasionista, pórtico del eterno y sublime mensaje de la salvación, el Cristo Resucitado y triunfante con que se corona la Pascua cristiana.

Semana Santa grancanaria; semana mayor para añorar soleadas y limpias mañanas repletas de mantillas blancas, cientos de farolillos que rompen en el luctuoso gris del atardecer, noches de plegarias tras un Cristo en procesión por las calles de Vegueta.

1, 2, 3, 4 y 6 de Abril de 1996.

Paso a paso retorna «la procesión del Encuentro»

La «Procesión del Paso» o del «encuentro» fue siempre una de las más esperadas por su espectacularidad y vistosidad en la Semana Santa vegeteña. El público, que abarrotaba la plaza de Santa Ana, impedía ver el armazón de los tronos a su llegada, por lo que se producía un curioso efecto óptico, gracias al cual parecía que eran las imágenes las que caminaban entre la multitud.

El cortejo procesional, que procedía de la Párrroquia de Santo Domingo, se dividía en dos, de un lado el «Señor con la Cruz a Cuestas», ayudado por el «Cirineo», que hacía su entrada en la plaza por la parte superior, al pie de las Casas Consistoriales, de otro «La Dolorosa», «San Juan», «Santa María Magdalena» y «La Verónica», que lo hacían por la parte inferior, desde la Catedral, de forma que, hacia el centro de la plaza, se producía en tradicional y esperado «encuentro de Jesús con las Santas Mujeres, lo que constituía -como explica José Miguel Alzola en su trabajo sobre la Semana Santa de Las Palmas- una breve pieza dramática, un paso en el que la acción suplía a la palabra», mientras un coro interpretaba el motete «O vos omnes».



«Antigua estampa de la procesión del Encuentro en la Plaza de Santa Ana».

El Miércoles Santos laspalmeño perdió esta bella tradición en 1978 -cuando, eventualmente, desaparecieron tantas costumbres que conformaban la idiosincrasia y los hábitos culturales isleños-, y la salida procesional de todos aquellos pasos se refundió en la *Procesión Magna* de la tarde del Viernes Santo; pero no así la ceremonia del «encuentro» o «del paso». Sin embargo, gracias a la labor de los patronos del paso del «Señor con la Cruz a Cuesta», Casa Condal de la Vega Grande y Guadalupe, y de miembros de la Junta de Semana Santa, como Rafael Rodríguez y Rodríguez - Matos, esta magna pieza de la *Semana Mayor* se pudo recuperar en 1995, aunque trasladada al Martes Santo, antes reservado a la procesión del «Cristo atado a la columna», que en los últimos años también procesiona el Viernes Santo por la tarde.

La versión recuperada «del encuentro» se ha ganado, en sus dos primeros años, el favor y el reconocimiento del público isleño, que, esa tarde, cada año, llena la plaza de Santa Ana para revivir una de las costumbres más propias de la *Semana Santa Gran Canaria*. Allí, en esos momentos de belleza sugerente, se puede escuchar al coro cantar motetes y piezas de música sacra, acompañado por una pequeña orquesta de cámara, lo que enriquece la ceremonia religiosa en sus aspectos culturales, que ya cuenta con esculturas de Luján Pérez como el «Señor con la Cruz a Cuestas», o «Cristo de la Calda», «San Juan Evangelista», «La Verónica» y «Nuestra Señora de los Dolores», todas realizadas a comienzos del siglo pasado. La plaza de Santa Ana, donde paso a paso retorna la «procesión del encuentro», es esa tarde un escenario único tanto para la Fe cristiana, como para la imaginería, la cultura y la personalidad tradicional de esta *Vegueta grancanaria*, ¡irrepetible!.

«Dolores de Triana»

Desde el siglo XVI el Real de Las Palmas contaba, en sus diversas parroquias, con un buen número de imágenes pasionistas, que cada Cuaresma recibían el culto de la feligresía isleña que, ya en aquellas fechas tan tempranas, sacaron a la calle algún cortejo religioso, hoy considerado como precedente de la actual Semana Mayor de Vegueta y Triana. Las desventuras vividas por la ciudad en aquellos tiempos, - como el asalto y ocupación de la ciudad por el marino holandés Van der Does, del que este año se cumple el 400 Aniversario - hicieron que la mayoría de estas esculturas, y de sus templos, desaparecieran pasto de las llamas de los piratas. En la actualidad, la efigie del Señor de la Humildad y Paciencia, de la Parroquia de San Francisco, en opinión de José Miguel Alzola, «es la única escultura del siglo XVI que se conserva en nuestra Semana Santa» de aquellos primeros tiempos.

Una centuria después, se propuso la ciudad reparar estos daños y dar esplendor a la escenografía pasionista. En ello las cofradías, como las de «La Soledad» y «La Venerable Orden Tercera» en la iglesia de San Francisco, y «La del Rosario» en la de Santo Domingo, tuvieron un papel destacadísimo. Si, a lo



«La Virgen de los Dolores a la entrada en su templo, la ermita de San Telmo».

largo del siglo XVII, trabajó en esta ciudad un nutrido grupo de escultores, que contribuirían notablemente al brillo de los cortejos procesionales, hubo que esperar a los últimos años del XVIII y primeros del XIX, con la presencia de Luján Pérez en su taller de Vegueta, para que la imaginería de Semana Santa, tanto en la capital, como en muchas ciudades y pueblos del interior, tomara la forma en que casi ha llegado a nuestros días.

Las cofradías tuvieron su protagonismo, pero no menos lo tuvo la Junta de Semana Santa que se formó por primera vez en 1928 y, bajo la presidencia en ocasiones de personalidades como Domingo Doreste Fray Lesco, contribuyó con su trabajo y aportaciones a la organización de las ceremonias de Semana Santa, hasta que, tras varias décadas de altibajos en su actuación, terminó desapareciendo. En 1978 se formó una nueva Junta, cuyos estatutos se aprobaron en 1981, a la que se debe el impulso que, en las dos últimas décadas, ha recuperado la presencia en la calle de los cortejos procesionales.

Pero este impulso también debe mucho a las Cofradías y Hermandades que han aparecido en los últimos años, como la ya reconocida popularmente Cofradía de «los Dolores de Triana», de la Parroquia de San Bernardo, que, poco a poco, sin prisa, con una prudencia admirable, ha venido a llenar espléndidamente la tarde - noche del «Miércoles Santo», con su estación de penitencia por las calles de Triana.

«Antigua ermita de los marineros,
oración de los mareantes,
remanso y sosiego para el alma atur-
dida
en las tardes de la semana de pasión.

¡Ermita de San Telmo!
Tu puerta chiquita, siempre callada,
cada Miércoles Santo
clama a todos los vientos del Atlánti-
CO
que ya viene saliendo,
que ya en la calle está
con su pañuelo de lágrimas,
con su rostro sereno y bellissimo,
nuestra Madre de Los Dolores,
¡Dolores de Triana!».

26 de Marzo de 1997.

La madrugada del “Buen Fin”

La madrugada del Viernes Santo nos descubre, por las calles de Vegueta, en la intimidad de sus penumbras, las capas púrpuras de la «Cofradía del Santísimo Cristo del Buen Fin» que, en silencio, acompasado el ritmo de su discurrir en hermandad por el sonido de una campanilla, que rasga la noche de lamentos marinos, y con los labios ofrendados a la oración, acompaña a un Cristo moreno y enormemente sugestivo, que, en la hora culmen de la media noche, aparece en la diminuta puerta de la Ermita del Espíritu Santo.

Este año D. Jorge, sacerdote y consiliario que dedicó toda su vida a estar muy cerca de la ermita y de su Cofradía -incluso antes de ser consagrado al sacerdocio, cuando ejercía con ejemplaridad sus responsabilidades al frente de su familia y del colegio que dirigía-, contemplará el paso de la estación de penitencia, de su querido «Viacrucis», desde el lugar privilegiado que el altísimo designa a los hombres justos y buenos. Sus hermanos cofrades rogarán para, algún día, poder estar, como él, cerca de ese Cristo que pasean por la madrugada de Vegueta.



A la Ermita del Espíritu Santo, al canto del «Miserere» antes de la procesión, a la predicación callejera del «Viacrucis, que resuena contundentemente en el alma de los laspalmeños, se llega tras horas de paseo, de recorrer todos y cada uno de los «Monumentos», donde la «Sagrada Forma» queda custodiada en las horas de la pasión suprema del Redentor, y después de asistir a los oficios religiosos de esa jornada que la Iglesia ha dedicado al amor, a la caridad. Recuerdo cuando, desde la tarde del «Jueves Santo», las calles de Vegueta quedaban cerradas al tráfico, para facilitar el tránsito de las miles de personas que acudían sus templos. Hoy no se cierran, pero el ambiente vuelve a ser enormemente concurrido, y hay momentos en los que a los automóviles les es difícil avanzar.

La Cofradía, fundada en 1941, y de la que S.M. el Rey es Cofrade de Honor, se impuso siempre el silencio absoluto, sólo se escucharía la meditación del sacerdote en cada estación del «Viacrucis», la cruz dorada y el cordón rojo como símbolo, y lograr la participación directa en la oración de todos los cristianos que quisieran acompañarla en su salida a la calle a las cinco de la mañana; posteriormente se adelantó a las doce de la noche del jueves al viernes. Según recoge José Miguel Alzola, «la venerada efigie del Santo Cristo del Buen Fin preside el altar mayor del templo desde el siglo XVII. La talla, obra de algún imaginero local, fue donada por los hermanos Francisco y Salvador de Santa Ana. Así lo hace constar en su testamento el segundo patrono de la ermita, el capitán y regidor de Gran Canaria, don Francisco de la Cruz Bethencourt y Quintana».

Madrugada del Jueves Santo, con la llama del amor, de la caridad, prendida en el alma, por Vegueta pasea la oración, la penitencia, a los pies de un Cristo moreno, al que le cantan el rumor de la brisa y el de las olas del Atlántico.

La «mantilla canaria»

La «Semana Santa» pasó y, un año más, la limpia claridad de las mantillas canarias en la mañana del «Viernes Santo» quedó prendida en la memoria de los mayores y en la retina infantil de los más pequeños.

La «Semana Mayor de la Isla» ha pasado por épocas y situaciones muy diversas, ha atravesado momentos de esplendor y otros que casi acaban con ella, y, sin embargo, el rastro vivaracho, espléndido, encendido como el alma isleña, hecha de espumas blancas y caracolas sonoras, de la «mantilla canaria» jamás ha declinado su presencia, su constante acompañar a un Cristo en procesión por las calles de Vegueta, pues cada grancanaria que la luce ese día, con inusual, armónica, sencilla y serena elegancia, quiere unir sus sentimientos más hondos a los de esa «Dolorosa» a la que Luján Pérez dio el rostro y la tristeza profunda de una joven isleña.

Si Benito Pérez Galdós -como señaló el poeta y escritor Luis Doreste-, en una de sus mejores novelas madrileñas cantó al «mantón de Manila» como «otra bandera de España», sin duda alguna la «mantilla canaria», en la expresión amplísima de su brillan-



te recato, se erige cada Semana Santa como esa otra bandera de Gran Canaria -no en vano la bandera de la ciudad, y de la isla en otros tiempos, fue un inmenso paño blanco, sobre el que se sobrepone su escudo-, ante la que no cabe más remedio que descubrir nuestra alma, nuestras más vivas emociones y gritarla: ¡guapa!, ¡guapa y más que guapa!, que si Gran Canaria te tiene por enseña, yo te tengo por espejo donde se miran todos mis recuerdos.

Cada «Semana Mayor», el «Viernes Santo», o cualquiera de los otros días a los que ya se extiende su uso, no se entiende Vegueta y Triana sin la presencia de las mantillas blancas por sus calles, en el pórtico de las iglesias y ermitas, entre palmitos y cirios. Con la blanquísima mantilla retorna el viejo Puente de Palo, el rumor del Guiniguada, las olas que acuden a la costa a la llamada de las «campanas de Vegueta».

Retomo de nuevo al inolvidable Luis Doreste cuando, con el verbo encendido en los labios, cantó a la «¡Mantilla canaria, paño entrañable, cuya forma está ungiendo la ternura única que ha de vivir bajo sus pliegues finos! De la cabeza a la espalda, haciéndose como flor inmensa que quisiera dibujar simbólicamente un corazón. ¡Mantilla canaria que, mirada a través, dará siempre la imagen de la Isla! Digieras olorosa de incienso y azahares, hecha de canciones de cuna...».

Toca la campana; el día enciende sus primeras luces. «Viernes Santo»; de los oscuros portales de siglos, de Triana y los barrios altos, una a una, llegan a Vegueta decenas de mantillas en la plenitud de su fiesta grande. Ahora queda atrás la «Semana Santa» un año más, pero no la «Mantilla Canaria» que, día a día, se despliega en el alma grancanaria como esa otra bandera que enarbola su añoranza.

Potaje «santo»

La **Semana Santa**, junto a las ceremonias litúrgicas, los ritos tradicionales y las más diversas expresiones de la religiosidad popular, tiene desde hace siglos unas costumbres que han arraigado profundamente en la sociedad insular y que hoy en día, en mayor o en menor medida, aún perviven en numerosos pueblos, comunidades y familias. Digamos que son componentes de una realidad socio-cultural, de una identidad isleña, de esa expresión común que nos hace entender por cultura los modos socialmente adquiridos de pensar, sentir y actuar por los miembros de una comunidad concreta, en los que se alude al cuerpo de tradiciones que aparecen de forma rudimentaria en el seno de un grupo humano y se desarrollan poco a poco; proceso que puede ser útil para comprender y conocer los orígenes, desarrollo y subsistencia de acontecimientos como la Semana Santa en Gran Canaria.

Entre las costumbres populares grancanarias propias de la época de la cuaresma, y en especial de la Semana Santa, de esa esperada «semana mayor» que se inicia con la luminosidad de los palmitos agitados alrededor del **«Señor de la Borriquita»**, en la mañana del Domingo de Ramos, se encuentran algu-

nos hábitos y especialidades culinarias, como la tradición de un buen y sobrio «**sancocho**» para el almuerzo del Viernes Santo, sin romper la consigna del ayuno y la abstinencia «carnal». Sin embargo, hay quienes también recomiendan en tan señalado día un «**caldo cilantro**», o unas “**lentejas con arroz**”.

Entre las recetas populares isleñas me ha llamado la atención la que proponen **Teresita Ruano y Antoñita González Suárez**, en su libro «Recetas populares de Agüimes», editado por el Ayuntamiento de aquella ilustre Villa Episcopal, al menos lo de «episcopal» como recuerdo de pasadas grandezas que hoy se materializan en otros logros. Se trata de un denominado «Potaje de Semana Santa» o «**Potaje santo**», según me comentaron algunas otras personas de la Villa, entre ellas el entrañable amigo e inmenso escritor que es **Orlando Hernández Martín**. Como base principal garbanzos, calabaza, cilantro, ñame, papas y, para quienes sean un poquitín sofisticados, unas pasas y un trocito de canela en rama que se retirará al final. En su conjunto un plato sabroso, digno y sano, tanto para el alma en estas fechas sagradas, como para el cuerpo; pero, sobre todo, una muestra más de la idiosincrasia cultural de Gran Canaria.

Gastronomía para la «vigilia»

Durante el tiempo de la «Cuaresma», y muy especialmente de la Semana Santa, junto a las ceremonias, los ritos tradicionales y las expresiones más diversas de la religiosidad popular, se dan, desde hace siglos, unas costumbres que han arraigado en la sociedad insular y que, en la actualidad, en mayor o menor medida, aún perviven en numerosos pueblos, comunidades y familias.

Son componentes de una realidad socio-cultural, de una identidad isleña, de esa expresión común que señala por cultura todos aquellos modos socialmente adquiridos de pensar, sentir y actuar de los miembros de un grupo humano concreto, en los que se alude al cuerpo de tradiciones que aparecen de forma rudimentaria en su seno y se desarrollan poco a poco; proceso que será útil para conocer y entender los orígenes, la expansión y la subsistencia de acontecimientos como la «Semana Santa».

La gastronomía cuaresmal, con su oferta variada, tradicional y puntualmente seguida por muchos, es otro de los grandes apartados de la Semana Santa, que tiene su origen en aquella antigua prohibición de comer carne en determinadas fechas, lo que

hizo que cocineros, amas de casa y gentes del buen comer, se esforzaran en elaborar todo un recetario acorde con las normas y condescendiente con su buen apetito. Así, hoy se puede hablar de una atractiva «gastronomía de vigilia», con una riqueza y una multiplicidad de productos y de platos, a la que las islas no escapan con aportaciones excelentes y consolidadas, entre ellas el «sancocho», que es tradicional tomar en la comida del Viernes Santo, muy adecuado al día por su sobriedad casi espartana, pero, a la vez, reconfortante y digno de las mesas más exigentes; el «potaje santo», que tiene como base fundamental los garbanzos, la calabaza, el cilantro, el ñame, las papas y, a veces, para gustos más sofisticados, unas pasas y un poco de canela en rama que se retirará al final; el «caldo de millo», «las lentejas con arroz» o, provenientes de otras latitudes, el bacalao, rebozado o con tomate; tampoco se pueden olvidar las afamadas papas rellenas “Viernes Santo lagunero”, de tanto arraigo en Tenerife y de las que da noticia en su libro Alma Hernández, en las que la carne del relleno se sustituye ese día por bacalao, previamente desalado y desmenuzado, y el vino blanco se cambia por agua, también me atrevería a proponer las tradicionales “papas viudas”, aunque en estos días cocinadas sin el vino blanco, y, entre los postres y dulces, la antiguas y siempre bien recibidas «torrijas», el isleño “frangollo”, o las “truchas de batata”, en las que la manteca de cochino puede ser sustituida por buen aceite de oliva.

De todo ello hablaba el otro día con mi buen amigo el prestigioso chef Fernando Navarro, que tenía en mente ofrecer por estas fechas una carta curiosa y especialísima dedicada a la «gastronomía de vigilia» en su Restaurante Gurufer, mientras saboreábamos un tinto "Viña Montealto", de la última cosecha en el Monte Lentiscal. No podrá ser este año - pero promete no olvidar la iniciativa- pues en estos días parte a la península para incorporarse al «Tren Canarias el Paraíso», donde ocupará la dirección de su vagón restaurante entre los días 30 de marzo y 4 de abril, para brindar, por algunos rincones de la geografía peninsular, una muestra de su cocina canaria creativa, con platos como el mencionado «caldo de millo» o el «rancho de pichón», que prepara asando previamente los pichones y luego, con la carcasa de los mismo, monta la sopa y continua el proceso de los otros elementos e ingredientes. Fernando, una vez más, dejará muy alto el pabellón de la gastronomía grancanaria en su viaje por aquellas tierras.

21 de Marzo de 1997.



«Nuestra Señora de la Soledad de la Portería en el espléndido trono donado por el Cabildo de Gran Canaria».

Imaginería procesional de salón

La nueva Junta Directiva del Ilmo. Gabinete Literario de Las Palmas, sin contar con muchos recursos -lo que hace más meritorio su esfuerzo y empeño-, ni con tiempo apenas -tomó posesión de sus responsabilidades al frente de la institución hace sólo tres meses-, logra plasmar sus inquietudes y sus muchas ilusiones en una serie de actividades que, de seguir así, conseguirán que el «Gabinete» vuelva a ser ese punto neurálgico, o al menos, en esta actualidad desbordada de «centros culturales» que sufrimos y nos desconcierta, uno de los principales, cumpliendo, de esta manera, con el espíritu que movió a sus fundadores en la mitad del siglo pasado.

Para esta Semana Santa, que ya vivió en el Salón Dorado, el viernes último, su «Pregón» -este año en la voz espléndida del poeta onubense Antonio Cano Pérez, que cantó a Vegueta como «costalero de Dios»-, que allí cada año organiza la «Real Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza de Vegueta», con la colaboración del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, que aporta la Banda Municipal, bajo la dirección del maestro Felipe Amor Tovar, para el concierto de marchas procesionales -por cierto, magnífico, en



especial la interpretación de las marchas «Cordero de Dios», de R. Dorado» y «La espada del dolor» de Tejera-, aunque no acude ni el Alcalde o, siquiera, algún concejal en su nombre, el Gabinete ha preparado una serie de actividades que, estos días, tiene una de sus más elocuentes y atractivas manifestaciones con la muestra de imaginería pasionista de pequeño tamaño, se podría decir que se trata de «*imaginería procesional de salón*», que congrega a muchísimo público, interesado por ver de cerca algunas de las reproducciones o pruebas de las tallas que, en unos días, podrán contemplar, en su versión definitiva, sobre sus pasos y tronos procesionales por las calles de la isla. La exposición, organizada por el directivo Rafael Rodríguez y R. Matos - a quién debo felicitar-, fue presentada por el profesor de historia del arte Sebastián López García, que realizó un amplio, docto y exhaustivo recorrido por la imaginería religiosa en Canarias.

Las tallas expuestas son obras de José Luján Pérez, el imaginero *grancanario con una amplísima producción de tipo religioso -fuera de esta temática apenas se conocen dos juegos de «cuatro estaciones», que hizo por encargos particulares- en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, lo que le ha convertido, como se solía decir popularmente en Gran Canaria, en «el primer predicador de la Semana Santa isleña», y de Arsenio de las Casas Martín, nacido en La Palma en 1843, y fallecido en Las Palmas de Gran Canaria en 1924, cuya producción puede ser catalogada de notoria, aunque no alcance las cotas de Luján y de Estévez -y me fastidia mucho esto de las comparaciones, que muchos han hecho casi imprescindibles en el mundo del arte, pues cada uno hizo lo que mejor pudo y todos aportaron mucho a la imaginería pasionista isleña-. En Gran Canaria, donde vivió desde 1880, dejó una buena estela de trabajos propios y de restauración, que contribuyeron a salvaguardar muchas obras de interés. Creo que, con esta muestra, la Semana Santa consigue este año un curioso cortejo procesional al alcance de todos.*

Las primeras procesiones en América

El «Sábado Santo», una vez finalizado el largo y diverso discurrir de los cortejos procesionales por las calles de Vegueta y Triana, que en estos últimos años han mostrado nuevamente el esplendor que recupera, poco a poco, la Semana Mayor de la Isla, se convierte en una jornada de espera, de calma intensa y de cierto desasosiego; sólo, llegada la hora culmen del misterio mayor y más hermoso de la fe cristiana, en la medianoche del sábado al «Domingo de Resurrección», el ánimo se apacigua y la alegría se desborda serena, prendida en la llama vivaracha del «cirio pascual», que simboliza el triunfo de cuanto se ha celebrado y conmemorado a lo largo de la semana de pasión.

El «Sábado Santo», día de descanso para muchísimos ciudadanos, tanto en sus casas, como en cualquier lugar de la playa o de la cumbre, puede ser un tiempo, unas horas, de inapreciable valor para la reflexión, para el recuerdo. Aquí no tenemos hoy procesiones, incluso se perdió la del «Resucitado» que organizaba la comunidad del convento de San Francisco, como ocurre en Sevilla que, desde 1956, cuando una reforma litúrgica consagró el sábado como día pasionista, cuenta con salidas procesionales, en-

tre las que destacan la de la Hermandad de «Los Servitas» y «El Santo Entierro», especialmente cuando se trata del «Santo Entierro Grande», que salió la última vez con motivo de Quinto Centenario del Encuentro con el Nuevo Mundo, en 1992, acompañado por pasos de las principales Hermandades y Cofradías, autoridades y representaciones; todo un espectáculo insuperable para el asombro del visitante que, por desgracia, se repite muy de tarde en tarde y con motivo de efemérides señaladas.

Gran Canaria, que fue testigo directo de las primeras expediciones que, con origen en Sevilla, se dirigían al Nuevo Mundo, estaría también vinculada a aquellas primeras manifestaciones de la Semana Santa en América, donde los frailes introdujeron costumbres, ritos y ceremonias con orígenes castellanos y sevillanos, pero que, como en otras muchas vivencias, habrían pasado por el crisol de la isla, por la nueva forma de ver y entender lo que se hacía en la vieja península. Fray Toribio de Benavente «Motolinia», en su «Historia de los indios de la Nueva España», narra «cuándo y dónde comenzaron las procesiones en esta tierra de la Nueva España», donde señala como, «al cuarto año de la llegada de los frailes a esta tierra», en el que hubo grandes lluvias y se perdieron casas y maizales, se «hicieron muchas cruces y banderas de santos y otros atavíos para sus procesiones; y los indios de México fueron luego allí a sacar muestras para lo mismo; y donde a poco tiempo comenzaron en Huexezinco e hicieron muy ricas y galanas mangas de cruces y andas de oro y pluma y luego por todas partes comenzaron a ataviar sus iglesias, y hacer retablos, y ornamentos, y salir en procesiones, y los niños deprendieron danzas para regocijarlas más», y se convirtieron aquellos indios infantiles en unos nuevos y singulares «Seises» sevillanos, pero a su propio modo y estilo.

62 Que procesión tan hermosa, y a la vez cargada de drama, vivió durante siglos la humanidad por las sendas del Atlántico que conducían a América, y en la que las islas han sido su mejor trono, uno de los pasos en los que la fe cristiana caminó al Nuevo Mundo.

29 de Marzo de 1997 .

Pregón del "Silencio de Vegueta"

Silencio de Vegueta,
madrugada sin horas,
silencio en el rito
y hasta en el rezo,
silencio de siglos,
que el cofrade,
silencioso y sin mediar palabra,
ha escogido el camino más corto,
pero el más difícil,
para soñar con ser digno de tu cruz;

¡Oh Cristo del Buen Fin!
Cuanto silencio escucho
cada madrugada de Viernes Santo
cuando a tu vera recorro
las calles de Vegueta.

Es el silencio del Miserere,
el de un sencillo paso
para el más sublime de los sacrificios;
silencio de farolillos,
silencio de la campana
que corta el procesionar cofrade;
silencio del orador sagrado,

Extracto del Pregón de Semana Santa de
La Real Cofradía del Santísimo Cristo del
Buen Fin de Las Palmas de Gran Canaria
pronunciado en su Ermita el 26 de Marzo
de 1998.

cuyas palabras son dardos
en la inmensa noche de nuestros pecados.

¡Oh Padre mío!,
cuanto silencio en esta madrugada,
y en el sosiego de los hombres,
enmudecidos en su vileza,
se escucha, más claro que nunca,
Tu mensaje eterno;
Tu voz,
Tu diáfana voz,
 voz que no requiere palabra;
voz, que un año más,
nos habla de amor, de piedad, de paz;
y nosotros, pecadores,
un año más, que no te hacemos caso.

¡Cristo del Buen Fin
eres la más diáfana de las claridades
en la honda madrugada de nuestras vidas!.

Cofrades de la madrugada,
apóstoles de la única luz que alumbra el mundo,
las Calles de Vegueta,
cada medianoche del Jueves al Viernes Santo,
se trocan en un sugerente camino
hacia ese Cristo Moreno que,
 en su Cruz,
nos habla desde el más elocuente de los silen-
cios.

Cristo del Buen Fin,
hoy junto a tu altar,
en la canarísima ermita del Espíritu Santo,
yo también quiero escucharte en silencio,
pedirte perdón por la pasión puesta
en cada una de las palabras de este pregón,
en cada uno de los versos
de este humilde pregonero
que sólo quiere llamar a todos
a contemplar tu rostro sereno,
a caminar, un año más,
por las calles silentes
de la madrugada vegueteña,
y a escuchar el más hermoso de los pregones:
¡EL DE TU SILENCIO!

¡Cristo del Buen Fin!
En la profundidad de la noche,
en la serena quietud,
que no rasga ni la campana catedralicia,
Tu sí que eres el auténtico

¡SILENCIO DE VEGUETA!

Con la primavera llega a Gran Canaria, a la vida cotidiana insular, un acontecimiento que, desde hace siglos, la marca de modo muy sensible: la Semana Santa, la «Semana Mayor» del año, como a nuestros antepasado les gustaba llamarla.

De la mano de Luján, de cofradías y patronazgos, que llenan el día a día de nuestra entrañabilísima «Semana Mayor», iremos desde el Domingo de Ramos, hasta esa sugestiva, única, eminentemente vegueteña, «madrugada del Buen Fin», en la que sólo rompe el murmullo de la oración, como sumándose a ella, el lamento de la brisa que sube por calles y callejuelas para hacer más vivarachas las decenas de llamas de los farolillos cofrades.

¡Cristo del Buen Fin...!
en el aliento de toda la brisa,
en el susurro del aire costero,
siento que se hiela mi alma
por que, muy bajito,
en la pequeñez de mi mortal oído
escucho tu último suspiro;
suspiro convertido en la primera oración
de ese mensaje de vida eterna
que, cada año,
de madrugada, y paso a paso,
predicas por las calles de Vegueta.

Madrugada del Buen Fin
preludio ineludible
en la pasionística laspalmeña

para un Viernes Santo,
cuando, bajo un palio de palmeras,
y al sonar de la marcha fúnebre,
avanza sobre un mar de mantillas blancas
el Cristo de la Sala Capitular
y su amantísima Madre,
lujanerísima expresión del dolor,
de esa Virgen de los Dolores
que, en la Plaza de Santa Ana,
en la misma puerta de su Templo isleño,
dice adiós a su Hijo
tránsida de esperanza.

Acaba la pasión, y en la espera del Cristo Resucitado, en el desasosiego, en la incertidumbre de la noche en que la Sagrada Cruz queda vacía, camina por Vegueta y Triana la Soledad en su «Retiro», de Santo Domingo y de «la Portería de San Francisco». Es la noche en que el esplendor de la algarabía popular se trastoca en el más absoluto recogimiento.

Soledad de soledades,
por malagueñas, folías y saetas
te despiden en tu retiro;

incierto el deambular
por las calles de Triana,
no se quedan atrás tus hijos isleños
que hacen de ti, Soledad,
la más dulce compañía.

Venga hoy, a los pies de tu Hijo,
el Cristo del Buen Fin,
el canto de la malagueña
que despierta en mis labios
al contemplarte serena
en la más absoluta soledad.

Pero retornemos a esta plaza del Espíritu Santo, al fresco de su singularísima fuente cubierta, que mereciera el comentario parisino de nuestro gran Fernando de León y Castillo.

El Jueves Santo ya pregonaba la inmensa pasión que el Viernes Santo, en todo su esplendor, trae a las calles trianeras y vegeteñas, y por ellas a toda Gran Canaria, que desde las costas a la cumbre enjuga su dolor con el de su Redentor.

En la hora sublime de la medianoche, entonado el Miserere, con el rezo del rosario en los labios del alma, ¡Silencio!. ¡Silencio que habla Cristo!, que desde su cruz nos llama a acompañarle en su «Viacrucis» por Vegueta. Y ante El, en la hora cumbre de la pasión, cuya sagrada imagen luce para orgullo de todos el «Corbatín de Honor» de la Legión Española, que tiene al Cristo de la Buena Muerte, o del Buen Fin, como su patrono, todos somos «novios de la vida», de esa vida eterna que germina en la sagrada y fecunda semilla de su muerte.

La luna también se asoma, a esta hora incierta de la madrugada isleña, desde la alta torre norte de la Catedral de Canarias, para contemplar al Cristo del Buen Fin amparando el rezo de sus hijos junto a la plaza de Santa Ana.

¡Luna grancanaria!, en tu palidez resaltas aún más, si cabe, el sobrio y regio color púrpura de la humilde salvia, con la que se engalana el paso del Cristo del Buen Fin.

Hace ya muchos años, en 1941, esta salida procesional del Cristo del Buen Fin fue un reto absoluto que se propuso la Junta de Semana Santa. Mucho dependía de la respuesta de los «laspalmeños». Ayer, como hoy, no le fallaron a su «Cristo del Silencio», y las callejuelas de Vegueta, bajo una lluvia estremecedora, justo al amanecer, se vieron repletas de grancanarios que soportaron aquel chaparrón como la más dulce penitencia que podían encontrar junto al «Señor del Silencio de Vegueta».

Hoy los retos establecidos en las constituciones de la Real Cofradía del Santísimo Cristo del Buen Fin, dadas a 2 de marzo de 1942, siguen igual de vigentes; la salida procesional, consolidada en la labor eficaz y abnegada de sus cofrades, crece, año tras año, arropada por cientos de isleños, de visitantes que, en respetuoso recogimiento, acompañan la manifestación más sublime de la pasión al modo de ver y sentir laspalmeño. En todos ellos, en sus manos, como señala las constituciones de esta Real Cofradía,

se deposita la cruz de Cristo, la corona de espina, la lanza y la esponja, los clavos, la omega y la paloma; símbolos de la Pasión, de nuestro buen fin en Cristo y del Titular de la ermita; y en ellos también se pone toda nuestra esperanza en la resurrección, en la vida eterna, en el mensaje de amor que Cristo nos dejó como su mejor legado.

El Cristo del Buen Fin tiene como hermanos en su Cofradía isleña a S.M. el Rey D. Juan Carlos y a S.A.R. el Príncipe D. Felipe; que mejor representación para rubricar que con El, en su Silencio de Vegueta, caminan todos los hombre y mujeres de buena voluntad de España, todos aquellos que, trascendidas las barreras del Atlántico, y con el Archipiélago como puente histórico, buscan, desde su Fe, la solidaridad y la entrega con los hermanos de toda Hispanoamérica.

En unos instantes las notas de «Amargura», la universal marcha procesional del maestro Font de Anta, resaltarán la llegada de la Semana Mayor del año, en la que las calles de Vegueta y Triana se llenarán de los acordes de otras muchas composiciones, con el protagonismo ineludible de la Banda Municipal de Las Palmas de Gran Canaria, bajo la dirección siempre magistral de su titular, D. Felipe Amor Tovar. Entre las piezas musicales que ya tienen aquí gran tradición, se escuchará la inolvidable marcha que, el maestro Antonio Hanna Rivero, dedicó al Cristo del Buen Fin.

Hermanos y hermanas, «laspalmeños» todos, este pregonero debe detener aquí su palabra; ahora el pregón, el más excelso de los pregones queda en el más elocuente de los silencios, el del Cristo del Buen Fin; queda en el cortejo silente de su Real Cofradía al procesionar bajo la medianoche vegueteña.

¡Silencio de Vegueta!
¡Señor de la madrugada isleña!
En la hora que retornas
al frío discurrir por las calles de tu pasión,
tus cofrades de púrpuras hopas
te acompañan
suplicando para si tu dolor.

¡Cristo del Buen Fin!
No escuches a este pregonero,
no tomes en consideración sus palabras;
pero queda atento, pues,
muy por encima de ellas,
está el rumor de la plegaria
de todos los grancanarios.

¡Cristo del Buen Fin!
Que esta madrugada del Viernes Santo,
como la de ayer y la del mañana,
hagas patentes a todos
que eres nuestro Señor del Silencio
el ¡Silencio de Vegueta!.

Así sea.

Pregón de la "Esperanza de Vegueta"

Pregón de Semana Santa de la Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza, pronunciado el 14 de Marzo de 1985, EN EL Salón Dorado del Ilmo. Gabinete Literario de Las Palmas

Dignísimas autoridades, señor Presidente de la Junta Oficial de Semana Santa de Las Palmas de Gran Canaria, Hermano Mayor de la Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza, señoras y señores.

Cada año por esta época llega a nuestra vida cotidiana un acontecimiento que la marca de forma muy sensible; me refiero a ese conjunto de celebraciones que forman la Semana Santa, la Semana Mayor del año, como gustaban llamarla nuestros más próximos antepasados.

Más, antes de iniciarme en la promulgación del Pregón de la Semana Santa nazarena laspalmeña, correspondiente a 1985, debo, no sólo por caballerosidad, sino

sobretudo por sentimiento personal, agradecer y mostrar mi más sincera admiración hacia esta ya dignísima Cofradía de Nazarenos, que ha aparecido entre nosotros como un necesario vital y reconfortante vendabal de aire fresco que, con su ejemplo, nos impulsa a trabajar más y mejor en nuestras propias tradiciones. Como decía, ante todo manifestarles mi gratitud por la honra que se me ha hecho al designarme este año su pregonero, y por la confianza que se ha depositado en mí para esta tarea, que, por supuesto, este periodista y *hacedor de versos* intentará corresponder con toda su buena voluntad desde las palabras, hechos, sugerencias y reflexiones que a continuación expondré, en la máxima de que para el periodista el lenguaje es la última instancia de su libertad.

Hoy me toca cumplir con el ritual de pregonar la Semana Santa laspalmeña, y me gustaría hacerlo investido del talante del pregonero medieval, que, en una época donde los medios de comunicación de masa no existían aún, era, trajera venturosa o desafortunadas noticias, un símbolo de esperanza, de alegría. Y si pregonar, en un sentido figurado, significa publicar aquello que estaba oculto, yo hoy debo hacer notorio lo que vosotros Nazarenos, por un muy plausible y cristiano sentimiento de sencillez, no decís de motu propio; y es que con vuestra destacada labor dais una viva lección teológica de marianismo esperanzado.

Hermanos, a todos, por muy duros que fueran nuestros corazones, algo siempre nos diría el rostro de Nuestra María Santísima de la Esperanza, o el de la Macarena sevillana, agobiada de joyas, llorando como cualquier mujer, y como mujer ninguna. Es la Dolorosa de Luján, que, en la mañana del Viernes Santo, despide a su amadísimo hijo a las puertas de la Catedral de Canarias, mientras un silencio reflexivo y piadoso planea sobre cientos de mantillas blancas, bajo un toldo de palmeras donde el llanto se agarrota en la garganta.

Así, si pregonar es la promulgación o publicación que en voz alta se hace en los

sitios públicos de algo que conviene saber a todos, hoy deseo convertir mis palabras en un llamamiento vivo y enérgico a la participación de todos los canarios y de todos los foráneos, en especial al hermoso evento, hoy ya de extendida y justa fama, del paso que esta Cofradía saca a las calles de Vegueta la tarde-noche del Domingo de Ramos, desde su sede en la Parroquia de Santo Domingo de Guzmán.

En nuestra Isla, como ocurre en casi todas las culturas, cada época del año tiene sus celebraciones específicas, que, con el correr de los tiempos se han amoldado a las nuevas situaciones, aunque sin perder su peculiar carácter, lo que tiene su explicación a la luz de ciencias como la antropología. Las celebraciones de la Semana Santa, tanto en sus rituales litúrgicos, como en sus manifestaciones sociales, arraigaron con fuerza en el pueblo canario, dándose desde fechas muy tempranas en la historia de este Real de las Tres Palmas, lo que es lógico si tenemos en cuenta los gustos y hábitos de una población, que en su mayoría, provenía de regiones ibéricas donde estas tradiciones tenían un enorme arraigo, como podían ser Andalucía o Castilla. Mas no cuajaron de forma definitiva sobre todo en lo relativo a procesiones y tronos, hasta principio del siglo XIX, e incluso en casos aislados hasta ya bien entrada la presente

centuria, en que la Junta de Semana Santa, que despliega una ingente labor digna de encomio, logra darle las características que hoy contemplamos en muchísimos de los pasos procesionales y su vertebración en procesiones. Hoy la presencia activa y destacada de la Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y de María Santísima de la Esperanza, es un dato del impulso que cobra de nuevo el interés por las celebraciones de la Semana Mayor del año. Ante ello debemos tener en cuenta que el asociacionismo espontáneo de las personas, en torno a los motivos más diversos demuestra la vitalidad de una sociedad.

La Semana Santa y sus celebraciones, siendo un elemento litúrgico importante, también se configura como un hecho cultural y antropológico que será importante reseñar. En este sentido intentaré hacer unas breves consideraciones, en especial atendiendo las circunstancias que une aquí dos modos hermanos de entender estos rituales, que tienen un origen común. Será básico subrayar esto, pues en nuestro país nos encontramos con una rica diversidad; diversidad de clima, de paisajes naturales o urbanos, de lenguas, de creencias y gustos, de estilos artísticos, etc, pero bajo esta diversidad, que no se trata en ningún caso de anular, sino por el contrario de defender, ya que constituye una auténtica

fuerza de riqueza se vislumbran afinidades, relaciones, semejanzas culturales, historias compartidas, en definitiva, una dimensión común. El diálogo estrecho entre ambas realidades, entre lo particular y lo común de nuestras culturas, puede ayudar de forma decisiva a fomentar en todos los rincones de nuestro país la interacción entre lo antiguo y lo nuevo, entre la tradición y el progreso hacia futuros esperanzadores.

De los contactos entre las diferentes culturas de los pueblos de España es de donde surge con fuerza la grandeza de nuestra Cultura, con mayúsculas, y lo que ella puede ofrecer de mejor a los pueblos hermanos del mundo. En este marco es donde, con la unidad de numerosísimos andaluces y canarios, se da cauce a la necesidad histórica, quizá ya de siglos, de ampliar el horizonte cultural entre dos zonas de nuestra patria que, al margen de las diferencias que su ubicación les impone, han tenido una relación en la historia de decisiva trascendencia en determinadas ocasiones y en numerosos hechos sociológicos.

Si tenemos en cuenta que la antropología es la ciencia que trata del hombre, física y moralmente considerado, a la vez que se ocupa del estudio de las tradiciones aprendidas del pensamiento y conductas que deno-

minamos cultura, a la par que investiga como surgieron y se diferenciaron las culturas antiguas, y como y por que cambian o permanecen iguales las culturas modernas, tal como ha visto Morton Fried en sus *Estudios de Antropología*, nos encontramos con una ciencias utilísima para la mejor comprensión del origen y los comportamientos ritualizados de la Semana Santa en nuestras tierras, teniendo muy presente que las variedades de creencias y prácticas religiosas siempre están influidas y adaptadas a condiciones estructurales e infraestructurales.

Aquí hay que anotar, pues queda sentado que la Semana Santa a parte de ser un hecho religioso, es un hecho socio-cultural, que por cultura debemos entender los modos socialmente adquiridos de pensar sentir y actuar los miembros de una sociedad concreta, por lo que se alude al cuerpo de tradiciones socialmente adquiridas que aparecen de forma rudimentaria en una comunidad y se desarrolla poco a poco. Este proceso nos sirve para conocer y comprender los orígenes, con los que hoy nos reencontramos de nuevo, de la Semana Santa en Canarias y su aceptación en el cuerpo de tradiciones isleñas.

Así, a la hora de conocer la continuidad o la evolución de un hecho cultural, nos

encontramos con los procesos de enculturización, que son aquellos que reflejan como, dentro de una sociedad, se transmiten de una generación a otra los medios de pensar y comportarse tradicionales.

Sin embargo, a pesar del énfasis que se pueda poner en mantener las tradiciones, las antiguas pautas no siempre se repiten con exactitud en generaciones sucesivas, por lo que continuamente se añaden pautas nuevas. Esta transformación la podemos considerar como evolución y viene condicionada por una serie de circunstancias diversas como pueden ser alteraciones geográficas, climáticas, sociológicas e incluso políticas.

Igualmente otro concepto, que puede explicar mucho de los hábitos religioso-culturales de nuestra Semana Santa, es el de la difusión, que designa la transmisión de rasgos culturales de una cultura y una sociedad a otra distinta. Este proceso es tan frecuente que cabe afirmar que la mayoría de los rasgos hallados en cualquier sociedad se han originado en otra, en una cadena que, en la mayoría de los casos se pierde en la noche de los tiempos. A todo esto se une, en nuestro caso, que versamos sobre unos comportamientos litúrgicos que se instituyen sobre un hecho cultural, el que con frecuencia los rituales religiosos y las creencias juegan un pa-

pel crucial al organizar impulsos que conducen a grandes transformaciones en la vida cotidiana de las personas y las sociedades.

Otro concepto al que debemos enfrentarnos cuando estudiamos desde la óptica de la antropología la Semana Santa, en la que abundan frente a lo religioso preeminentes comportamientos de tipo puramente social, y , en determinados lugares, llegamos incluso a encontrar creencias y celebraciones idolátricas, supersticiosas, paganas o heréticas, es el concepto de lo sagrado que Emile Durkheim ha calificado como el sentimiento de temor reverencial que suscita el poder de la vida social. Así, la simple apelación de la naturaleza sagrada de una regla o de un comportamiento, servirá para que las personas resuelvan la incertidumbre sobre lo que debe hacer en ciertas ocasiones. En este sentido, aunque el contenido religioso cambie según las culturas, el contraste entre lo sagrado y lo profano se establece de modo universal.

Las principales variedades de rituales religiosos se pueden distinguir en cuatro niveles de organizaciones y cultos: el individualista, el chamanista, el comunitario y el eclesiástico. Sin embargo, estos niveles no se dan puros, con lo que, en escala ascendente, unos niveles introducen características del otro.

Entre los ritos comunitarios nosotros debemos señalar los ritos de paso, que acompañan los cambios en la posición estructural o estatus que son de interés público. Su principal función es la de dar un reconocimiento comunitario . Los principales acontecimientos para la celebración y esto es muy significativo en cuanto a lo que a nosotros hoy nos interesa, de los ritos de paso son el nacimiento, la madurez, el matrimonio y la muerte. Además, la solidaridad que irradian estas celebraciones públicas y de carácter dramático sirve para realzar el sentido de identidad del grupo social. A ello se une como, desde una perspectiva transcultural, es evidente que las creencias y prácticas religiosas siempre muestran una fuerte organización cultural. En cuanto a los cultos eclesiásticos destaca que tienen en común la existencia de un clero sacerdocio profesional, organizado en una jerarquía. Se caracterizan por ingentes inversiones en edificios, monumentos, personal, y por una división entre los celebrantes especialistas del ritual y la gran masa de espectadores mas o menos pasivos que constituyen la congregación. Estas concomitancias y similitudes nos ayudarán a explicarnos el que fuera posible que comunidades enteras aceptaran nuevos ritos religiosos y los adaptaran a su entender, en especial cuando el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, por citar un hecho que nos queda cercano en

el tiempo y geografía.

En nuestro país las líneas trazadas por la antropología para el estudio del mundo religioso, que de forma breve he reseñado, se presentan como una herramienta de estudio muy valiosa a la hora del trabajo de campo. Buena prueba de ello son las obras de autores como Julio Caro Baroja, o de un observador tan agudo e imparcial como Gerald Brenan que, en su obra *Al sur de Granada*, afirma que: "el bautismo, el matrimonio y la muerte constituyen los tres acontecimientos más importantes en la vida de los españoles". La Semana Santa no escapa a estas observaciones. En cualquier aldea semi aislada, como las que aún se podían hallar en las dos primeras décadas de este siglo en muchos rincones de la extraordinaria y sugestiva geografía andaluza, donde los procesos de enculturización transmitían pautas casi inalteradas de una generación a otra, lo primero que sorprendía al viajero curioso era el silencio en el que se sumía el pueblo desde las primeras horas del Domingo de Ramos hasta el siguiente fin de semana. En estos días nadie cantaba ni alzaba la voz más de lo debido; es más, ni siquiera se escuchaba el tintineo del mortero y el almirez, que son el alegre prelude de toda comida andaluza.

Las procesiones, sencillas pero de un

dramatismo magno y envolvente, que seduce a los espíritus más cultivados, se suceden desde la noche del Jueves. La imagen del Cristo, escoltada por una larga y lentísima hilera de antorchas y cirios, atraviesa la aldea y es llevada hasta un calvario cercano, a menudo edificado con piedras y entre olivos. En cada parada se escapa de alguna voz una copla vieja: el exquisito y penetrante canto de las Saetas. En la tarde del Viernes Santo en un ataúd de cristal, Jesús es llevado a la iglesia para ser enterrado. Por la noche las ancianas del pueblo, a la luz de antorchas de esparto, rezan el Vía Crucis alrededor del templo, mientras gimen y cantan Saetas. En el interior las velas se consumen en la singular capilla ardiente, en la lentitud de las horas de la noche, junto al sagrado túmulo.

La fiesta de la Resurrección, con un derroche de alegría, se inicia en las primeras horas del Sábado cuando las campanas tocan a gloria, los jóvenes sitúan en la plaza la imagen del Cristo resucitado y le colocan un ramo de flores en su mano derecha y en la izquierda una gavilla de cebada, y todos gritan: "¡Viva, viva el Señor!". A lo largo del día se organiza la procesión del Resucitado, que se suele situar en las afueras del pueblo, para que su madre María Santísima, al encontrar el sepulcro vacío salga a su encuentro, acompañada por el alcalde y personali-

dades. Mientras, desde una esquina de la plaza el tamborilero, que en todos estos rituales juega un papel esencial, no deja de hacer sonar el tambor. El toque de las cornetas se complementa con el ruido que hacen los más jóvenes al golpear unas láminas de hojalata y los hombres desde las azoteas lanzan cohetes, los "voladores" isleños, y disparan sus armas de fuego. La costumbre del "reventa Judas", mientras que en algunos pueblos estaba reservada para la noche de San Juan, en otros, en especial de la zona de Málaga, repoblada con gentes de Castilla la Vieja se quemaba el Sábado Santo, pues era una costumbre más propia de zonas como Navarra o la misma Castilla.

En las grandes ciudades, como Sevilla, Málaga, Granada o Cádiz las pautas culturales son las mismas, pero es indudable que en su aspecto externo se ha magnificado el dramatismo, se ha hecho arte de la costumbre. Y hemos de pregonar la interrogante de si hay alguien a quien no seduce de por vida el bellissimo contraste de ver pasar primero a la altura de la sevillana Plaza Nueva, la interminable Cofradía de atuendos negros que acompaña a Jesús del Gran Poder, al que nunca le falta un andaluz orando a sus pies, para enseguida, casi sin interrupción contemplar los trompeteros desde la calle Sierpes, que con sus largas y chillonas trompetas de plata pre-

ceden a la Cofradía de la Macarena. Tras ellos la inacabable fila de capirotos verdes sobre túnicas blancas; y al poco la Macarena, reina y señora de sevillanía. El contraste es desgarrador y violentísimo; es el paso absoluto de la oscuridad al color, del dolor de la penitencia al gozo del perdón.

El gaditano José María Pemán resaltó como "no captará nunca la razón de la Semana Santa de Sevilla quien la aborde con remilgos y objeciones espiritadas, propicias al escándalo y en definitiva de raíz protestante o jancenista. La Semana Santa de Sevilla es la taza y media que la rabiosa ortodoxia bética ofrece a aquel Lutero nórdico y brumoso que no quería el sustancioso caldo de nuestra imaginería y nuestras vírgenes. España es terca y desafiante en sus creencias. Cuando la Reforma negaba la presencia Real en la Eucaristía, los teólogos hispanos - y andaluces- impulsaron el popularismo de la fiesta del Corpus: especie "trágala" teológico; de cruda afirmación plástica de la Presencia Real. Esto mismo es la Semana Santa de Sevilla: el "trágala" delirante de nuestra imaginería, con colores, terciopelos, melenas y ojos de vidrio, frente a la desnudez iconoclasta de los templos reformados".

A excepción de los núcleos primitivos de frailes mallorquines y catalanes, que desa-

rollaron su labor misionera en estas islas desde 1351, bajo la serena tutela del primer Obispo Canario, el carmelita Fray Bernardo Font, designado mediante la Bula Papal "*Coelestis regum* ", que estableció su Sede Episcopal en Telde, donde fundó un "almogaren", o casa de oración de los cristianos, lo que pronto atrajo la natural curiosidad y admiración de los canarios, gente de corazón noble, y de talante respetuoso y pacífico con quienes les demostraban las sabiduría y la amistad de los hombres de bien, los primeros contingentes importantes y estables de misioneros, sobre todo en las décadas iniciales del siglo XV, proceden de Andalucía. Y esto es de una vital importancia, pues como ya han señalado muchos autores, la evangelización es uno de los aspectos básicos de la incorporación de las islas al mundo europeo, al abarcar los matices religiosos, intelectuales y morales de la aculturización, y también por que define un tipo nuevo, menos inhumano, de relaciones entre indígenas y europeos.

Estos frailes son franciscanos que proceden de los conventos de Utrera, Sanlúcar de Barrameda o La Rábida, cuyos hombres fundan el convento de San Buenaventura de Betancuria, Fuertenventura, en 1414, con lo que pasa a ser el Convento más antiguo de todo el Archipiélago. Un último grupo que

mencionaré, mucho más numeroso, es enviado por los conventos de Jerez de la Frontera.

Las relaciones entre Andalucía y Canarias se dan desde fechas muy tempranas en nuestra historia. La empresa canaria fue, a lo largo de todo el siglo XV, misión casi exclusiva de navegantes y nobles sevillanos. Esto es consecuencia de la relativa proximidad de los puertos de la Andalucía atlántica.

Aquí debo frenar unos instantes mi exposición para resaltar la propuesta en la que, el ilustre José María Pemán, nos decía que "como hay que llegar a Cádiz es por mar desde el Atlántico, en la ruta de América o Canarias. Con ello, como si estuviéramos en el estudio de un escultor veremos ante nosotros que la ciudad va girando como montada en un platillo, enseñándonos el rico contraste de sus sombras que se hacen intensas y profundas en las estrechas calles y que aparecen irisadas de sol en los innumerables miradores y torrecillas construidas en el dieciocho por los comerciantes de indias, que desde ellas avistaban la llegada de sus barcos y mercancías".

Pero, y al hilo de los dicho, no sólo influye en la presencia andaluza por aguas canarias la proximidad de sus puertos, sino también su pujanza marinera y sus singulares

iniciativas mercantiles, así como la integración de los asuntos canarios dentro del ámbito general de los intereses aristocráticos y comerciales de muchos personajes. La aparición de los andaluces en Canarias supone el final de la presencia mallorquina. A partir de ese momento llegará una época de indudable trascendencia para los intereses socio-político actuales, en el que los marinos andaluces, y en menor grado los cántabros y portugueses, comienzan a visitar y a trabajar en el conocido banco pesquero canario-sahariano, lo que ayuda al conocimiento sobre las condiciones de navegación en la zona. Otro de los motivos para los frecuentes viajes a las islas entre 1393 y 1402, si tenemos en cuenta la prosperidad que tenía la renta municipal sevillana llamada entonces de "moros tártaros y canarios", es la toma de esclavos, usual en aquella época en casi toda Europa.

Las Palmas de Gran Canaria o villa Real de las Tres Palmas, -que es uno de sus primeros nombres, tomado de las tres palmeras que subsistieron a la tala del frondoso palmeral primitivo, y que fueron utilizadas como torre de vigía y campanario-, tiene su origen cierto en el campamento militar que Juan Rejón levantó el 24 de junio de 1478, fecha en la que arriba a la Gran Canaria con el firme propósito de su sometimiento definitivo. Pero no sería hasta 1485, una vez finalizada la conquis-

ta, en que se otorga categoría de ciudad al primitivo núcleo urbano, al constituirse en ella los pertinentes organismos administrativos y religiosos que dan rango al nombramiento.

Es curioso destacar como la Muy Noble y Leal Ciudad de Real de Las Palmas, que son los títulos que la honran, primera ciudad fundada por los Reyes de Castilla en estas islas, se levanta poco a poco sobre dos núcleos urbanos separados por un cauce de barranco que lleva agua perenne, "Guinigüada", hoy oculto bajo su triste sepultura de cemento y asfalto, una enojosa ofrenda a un dudoso concepto del progres. El nombre de los dos primitivos barrios será: Vegueta y Triana. Parece como si, en el subconsciente de los primeros vecinos de esta ciudad, muchos de ellos procedentes de tierras andaluzas, particularmente de Sevilla, estuviera presente la idea de repetir la estructura urbana básica de la bella capital hispalense que baña el Guadalquivir.

Entre los primeros edificios religiosos que se levanta están la iglesia de San Antón, situada en la misma raíz de la ciudad y ante cuya puerta enterraron la cabeza del valiente caudillo canario Doramas, y el Convento de San Francisco, edificado en unos terrenos donados por Juna Rejón, que se convirtió en uno de los principales centros litúrgicos de la

ciudad, por lo que la construcción de su templo fue encargada al arquitecto sevillano Pedro de Llerena, que ya por aquel entonces trabajaba en las obras de la Catedral de Canarias consagrada a Santa Ana. Años más tarde, al final de la calle Mayor de Triana, al borde mismo de la marea, junto a los embarcaderos se erigió la Ermita de San Telmo, que acogió a la Cofradía de los Mareantes, los hombres de la mar, y que tanto no evoca a el antiguo embarcadero y puerto sevillano de San Telmo.

La Semana Santa de Las Palmas de Gran Canaria, a pesar de tener un gran arraigo en sus celebraciones casi desde los años fundacionales, no cuaja hasta finales del siglo XVIII, principios del XIX, momento histórico en el que podemos situar el origen de las actuales tradiciones, ya pasadas por el tamiz de la idiosincrasia cultural isleña.

Es a partir de aquí cuando cobra un gran impulso y entra a formar parte de las más añoradas costumbres laspalmeñas, pues de alguna manera en aquella sociedad cerrada y de escasos entretenimientos, los ritos religiosos comunitarios contribuían a llenar las largas horas, hoy diríamos de ocio, además de potenciar las relaciones sociales, así, cada domingo casi nadie faltaba a la plática de la tarde en la Catedral, pues a su término las

familias de Vegueta paseaban por la alameda, formándose animados corrillos y tertulias. En cuanto a la Semana Santa Domingo J. Navarro nos lo da a atender, pues el mismo fue testigo de como “era esperada con avidez por nuestros antepasados. En estas se lucían las mejores galas, visitándose las casas desde las cuales era posible contemplar los pasos procesionales. Allí eran agasajados con dulces y refrescos. Las procesiones en su itinerario pasaban ante los distintos conventos de monjas, ansiosas de contemplar los tronos y sus novedades”: En estas ocasiones de categoría, las damas usaban vestidos de lana fina y buena seda, tocándose con espléndidas mantillas de encaje. Estas, con el aditamento de la peineta daban a los rostros ese aire de picaresca gravedad que podemos advertir en los grabados que enriquecen la obra de Webb y Berthelot.

Este fin de utilizar ritos religiosos como un hecho social vitalmente necesario por la ausencia de cualquier otro, queda también reseñado por Navarro, cuando nos dice que “es verdad que las funciones religiosas sobre todo en nuestro suntuoso Templo Catedral, estaban revestidas de una solemnidad imponente y que la cátedra sagrada se hallaba enaltecida por eminentes oradores que cautivaban el ánimo con su arrebatadora palabra y elocuencia; pero allí iban nuestras da-

mas y caballeros a lucir espléndidas galas y a deleitar sus oídos con las célebres composiciones de los afamados músicos Núñez y Palomino, con la exquisita ejecución de los profesores de la Capilla y con los acordes del órgano que declamaba, reía y lloraba bajo la artística e inteligente pulsación de nuestro paisano de D. Cristóbal Millares”.

Pero esto no debe escandalizarnos, ni siquiera llamanos mucho la atención, y, además, como se dijo de la Semana Santa sevillana, quien la mire con remilgos y objeciones espiritadas no la entenderá, ni comprenderá el alma de nuestro pueblo, ni la de nuestros antepasados. Y es que la Semana Mayor del año extasiaba a nuestros mayores con los tronadores del Miércoles, Santo, con las innumerables luces del Jueves, con las procesiones y penitentes y con el correr de monasterio en monasterio para escuchar el cascado canto de las monjas en las horas de tinieblas, a la vez que comían una buena ración de bollos de alma y almendras confitadas.

El Domingo de Resurrección se imponía madrugara si no querían perderse el Reventa Judas en la plaza de Santo Domingo, y presenciar la persecución de su alma fugitiva en la figura de un gato negro. Al medio día era obligada la comida en familia en la que se gustaba el tradicional guiso de carnero.

Acercarnos al origen de las celebraciones más populares de la Semana Santa laspalmeña es hacerlo también a una figura que resulta aquí imprescindible, me refiero a José Luján Pérez, o “Señor Pérez” como le conocían sus coetáneos, y de quien Domingo Doreste Fray Lesco dijo que “es todos los años el primer predicador de la Semana Santa”. Pueden citarse como escultores de su generación y de su talla a los valencianos José Esteve y Bonet y José Ginés, al catalán Ramón Amadeu y al murciano Francisco Salcillo. Nacido en Guía, en el Barrio de Las Tres Palmas, fue quien realizó la mayoría de las imágenes que salen actualmente en las diversas procesiones de Vegueta y Triana -hoy casi todas unificadas por lo que se puede denominar imperativo sociológico-, y de muchos pueblos de las islas. Pero no todas sus obras son de carácter religioso. Entre las profanas hay que destacar las cuatro estatuas que talló para el jardín del pabellón de juego de la finca que, en Arucas poseía la familia Fernández del Campo. Estas aún se conservan, no así otro juego de menor tamaño que se perdió realizado para decorar el paseo que daba acceso al edificio de la familia Clavijo en Guía.

Debemos comenzar el recorrido por los orígenes de la mayoría de los pasos procesionales que hoy se contemplan, al ano-

checer del Domingo de Ramos de 1802, cuando la imagen del Señor Predicador recorrió las calles por primera vez. Encargada a Luján por la Hermandad del Santo Rosario, esta talla de pasmosa expresión era conocida con el nombre de “El Señor convirtiendo a la Magdalena”.

Nuestro Señor de la Agonía o del Huerto, con su atribulada cabeza, ejecutado por acuerdo de la Orden Tercera de San Francisco, se exhibió y dio a conocer en las calles la madrugada de un Lunes Santo de 1801, constituyendo una de las más características procesiones de la Semana Santa laspalmeña, hasta que se suprimió hace ya algunos años. En la tarde de ese día, pero ya en 1804 tiene su origen otra de las procesiones que salían de la Iglesia de San Francisco. Para ella Luján Pérez había terminado las imágenes de San Juan Evangelista y San Pedro, al mismo tiempo que reformaba la que ya existía del Señor de la Humildad y Paciencia, a la que respetó su rostro original. El trabajo que imita su estilo primitivo es tan perfecto que apenas se perciben las reformas.

La imagen de San Juan Evangelista rivaliza con la del Miércoles Santo y la cabeza de San Pedro, representada con la propiedad conque los hicieron los mejores artistas, sin exceptuar a los policromadores, es de una ex-

traordinaria fuerza de expresión, a la que sólo faltan los efectos de la luz para que se estimara tomada de los lienzos de Zurbarán o Ribera.

Estas imágenes fueron encargadas por la gran dama que fue Dña. María de Palencia, esposa del Coronel D. Andrés Russell, cuya familia se refugió en estas islas de la persecución de Cromwell contra los católicos. Pagó la señora de su bolsillo la diadema de oro macizo de 16 onzas que lleva el Señor de la Humildad y Paciencia, así como el espléndido trono de plata repujada en dos cuerpos, las varas del palio que lo recubre, con terciopelo carmesí y galón de oro.; de materiales análogos son los faldones que revisten el paso. También quiso que con las telas de su traje de bodas en brocado azul y plata, se hiciese el manto de San Pedro.

La Procesión del Martes Santo estaba principalmente integrada por dos pasos del siglo XIX, y fueron sus autores el palmero Arsenio de Las Casas y el artista castellano Pedro A. Calderón de la Barca, autor del Señor atado a la columna, que data de 1778. Algunas de las primeras noticias sobre las imágenes que se veneran en la Parroquia de Santo Domingo se han encontrado en el libro de Juntas de la Hermandad del Rosario, establecida en el entonces Monasterio Domi-

nico de San Pedro Mártir. En este sentido hay que señalar la reunión que tuvo lugar el 13 de abril de 1798, en la que se a conocer la cantidad que el difunto licenciado D. Josehp Hidalgo, abogado de los Reales Consejos y Consultor del Santo Oficio había destinado a la procesión del Miércoles Santo y que ascendía a 12 pesos, 14 cuartos y 3 maravedís corrientes.

En la procesión conocida como la de "El Paso", que salía el Miércoles Santo nos encontramos imágenes de Luján como la Dolorosa, que, en palabras de Santiago Tejera y Quesada, expresa en la proporción y pureza de líneas, que no parecen moldeadas por la mano de un hombre, un sufrimiento que ha secado sus lágrimas y hace que sus párpados reposen la mirada débil e incierta, con sus labios entreabiertos, por el peso de un dolor mudo, intenso, el más supremo de todos. Tenemos aquí también al Cristo del Cruz Acuesta, que es el tipo exacto del hebrero. El genial escultor, Luján supo condensar en la sencillez de las líneas del rostro el cansancio y el sufrimiento arrodillado, como apartando de sí el peso ayudado por el Cirineo, también de factura impecable. A un tiempo fue tallado el San Juan Evangelista, obra clásica, depurada, de líneas enérgicas, varoniles, que expresan el dolor del hombre sin afeminamientos. La actitud y elevación de la cabeza, la talla y

posición de las manos y pies completan esta bella obra.

En la mañana del Viernes Santo nos encontramos con dos espléndidas tallas de Luján Pérez, el Cristo de la Sala Capitular y la Dolorosa de la Catedral. El Cristo fue tallado en la misma Basílica y lo donó el Dr. Miguel de Toledo a su capítulo, en el que ocupaba la dignidad de chantre. En ella el artista intenta realizar el eterno ideal del arte, superar la ocasión con la serenidad, dominar en calma suprema el tumulto sensible y dionisiaco. Este Cristo, que se nos presenta en forma cerrada con el fornido cuerpo abandonado definitivamente a una espléndida inercia, honra de sobremanera a Luján.

La dolorosa fue encargad por el Deán Toledo, teniéndola en su residencia, aledaña a la fuente y Ermita del espíritu Santo, hasta su muerte, según relataba el Señor Lectoral de Canarias D. José Feo y Ramos. Al morir la legó a la Catedral, con destino a la Sacristía de los Canónigos. Más tarde, por la gran devoción que se le tenía y para dar mayor realce a su culto, fue trasladada en 1908 a la capilla construida en el atrio de la puerta principal, junto a la Epístola. Destaca la imagen por la complicada riqueza de planos quebrados del rostro y el manierismo de los pliegos inferiores de la túnica. Para esta obra sirvió de mo-

delo a Luján el rostro cuajado por el dolor de la pequeña huérfana Josefa María Marrero.

Contemplemos estas magníficas obras con serenidad, al anochecer del Viernes Santo, como gustaba hacerlo a Luján, en el momento de regresar la procesión a la luz de las hachas que portan las comunidades y cofradías, entre rezos de la muchedumbre, los acordes de la Capilla de Música catedralicia y el sonar del Miserere.

Semana Santa laspalmeña, para añorar a través de ti soleadas y limpias mañanas repletas de mantillas blancas; cientos de farolillos que rompen en el luctuoso gris del atardecer; noches de plegaria tras un Cristo en procesión por las calles de Vegueta.

Señoras y Señores, que este año María Santísima de la Esperanza sea para todos nosotros un auténtico pregón de fraternidad, de paz y de amor.

- ÍNDICE -

Propósito. _____	7
Periodismo cofrade. _____	9
Carnaval y Cuaresma, ayer y hoy. _____	13
Rumores de la Semana Mayor. _____	15
Vegueta en Semana Santa. _____	17
«Amargura» y el pregón de la Esperanza. _____	19
Pregón de la Semana Mayor. _____	21
Pregón del "Domingo de las palmas". _____	25
Imagen procesional de la «Esperanza de Vegueta». _____	27
«Esperanza de Vegueta». _____	29
Domingo de palmitos y bullicio. _____	31
Semana Santa en Vegueta y Triana I, II, III, IV y V _____	35
Paso a paso retorna «la procesión del Encuentro». _____	45
«Dolores de Triana». _____	47

La madrugada del «Buen Fin». _____	49
La «mantilla canaria». _____	51
Potaje Santo. _____	53
Gastronomía para la «vigilia». _____	55
Imaginería procesional de salón. _____	59
Las primeras procesiones de América. _____	61
Pregón del "Silencio de Vegueta", 1998. _____	63
Pregón de la "Esperanza de Vegueta", 1985. _____	73

Este libro se terminó de imprimir
el 19 de Marzo de 1999,
día del Pregón de Semana Santa de la
«Esperanza de Vegueta» en
el Gabinete Literario.